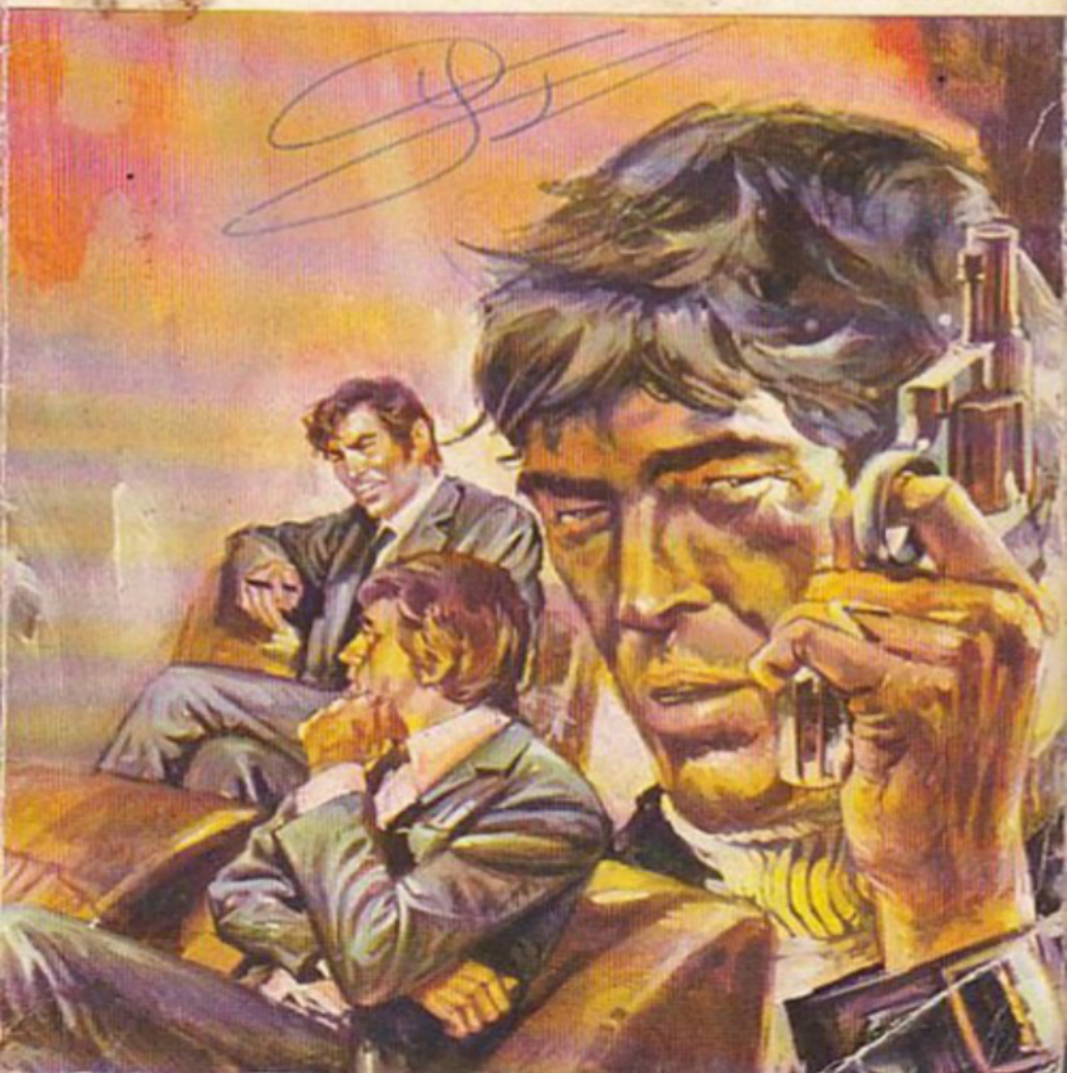




BIOGRAFIA DE TRES AVENTUREROS

Kelltom McIntire



BIOGRAFIA DE TRES AVENTUREROS

KELLTOM MCINTIRE

Colección
PUNTO ROJO n.º 975
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 30.845 — 1980

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1980

© Kelltom McIntire —1980 texto

© Miguel García —1980 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)

Barcelona —1980

CAPÍTULO PRIMERO

EL nuestro era un curioso triunvirato. El conjunto más heterogéneo y dispar de seres humanos que pudiera concebirse.

O si no, véase: Jan Kernig, nacido en Koln (Alemania Federal), cuarenta y dos años, un metro noventa y nueve de estatura, cabellos rubios —casi siempre cortos— y lisos, ojos azules, muy claros, enorme cabeza braquicefálica, mentón cuadrado, enormes hombros, tórax de oso, larguísimos y musculosos brazos y piernas robustas y proporcionadas.

Bob Grisby, por el contrario, había nacido en Liverpool (Inglaterra) y aunque había pasado un tercio de su vida en los «hoteles de las mil estrellas» —así se llamaba a las prisiones de Su Graciosa Majestad—, tenía un aspecto distinguido y unos modales engañosamente refinados, pues cuando comenzaba a barbotar palabrotas era capaz de hacer enrojecer a un antiguo sargento de Caballería.

Grisby era moderadamente alto —o moderadamente bajo, como él prefería decir—, delgado y proporcionado, pero con una agilidad y una resistencia envidiables. Sus cabellos tenían un tono indefinible, aunque rojizos, tenía unos cariñosos ojos color miel, una frente despejada, nariz recta y labios finos. Sabía injuriar en diez idiomas, aunque prefería el *cockney* de Limehouse, donde pasó parte de su adolescencia (el resto, por supuesto, en los «hoteles de mil estrellas»).

En cuanto a mí, Frank Cropoli, soy el más vulgar de los tres. Norteamericano de origen italiano, mis padres habían nacido en Nápoles (Italia), pero yo nací en Chicago, en cuyos mataderos industriales trabajó mi padre hasta que un capataz siciliano le abrió el vientre de una cuchillada, tras una agria disputa.

Yo era demasiado pequeño entonces, pero aún recuerdo la noticia que corrió por el barrio de Cicero. Dos días después de ser enterrado mi padre, unos empleados del matadero, que se disponían a sacar canales de cerdo de una de las cámaras para cargar un camión frigorífico, encontraron el cadáver congelado y vaciado de Ettore Ponti, el capataz que había matado a mi padre.

Nunca supe quién lo hizo. Ya he dicho que yo era demasiado pequeño por entonces.

En cuanto a mi aspecto físico, es netamente latino. Estatura mediana,

cuerpo esbelto, cabellos rizados y negros, ojos castaños un tanto cínicos, pero muy expresivos, rostro regular, gesticulante, movimientos rápidos, lengua expeditiva y... paremos de contar.

Cuando yo regresé de Vietnam con una medallita en el bolsillo, imaginé que en la estación iba a estar esperándome la banda de jazz de mi barrio y el teniente de alcalde para darme la bienvenida. Pero la estación estaba fría y sola y yo tomé el *subway* (ferrocarril metropolitano) y me apeé en Cicero.

La casa en la que vivían mi madre y mis hermanas la habían derribado para construir un lujoso edificio de apartamentos, oficinas, despachos y tres plantas subterráneas de aparcamientos.

Hice una llamada telefónica. Mario Vintri, un amigo, me dijo que mi madre había fallecido de un cáncer tres meses antes. Lo del cáncer siempre lo había sospechado, a juzgar por el aspecto macilento de mi madre en los últimos tiempos, pero lo que no podía sospechar es que mis tres insignificantes hermanas se hubieran casado con otros tantos opulentos hombres de negocios.

Vintri tuvo la amabilidad de darme las direcciones de las tres y yo me decidí por la más próxima, Elizabetta, a la que llamábamos familiarmente Beta. Esta vivía en Mayer Cross, una zona residencial de semilujo. Aunque debo reconocer que las tres habían conseguido situarse magníficamente en la vida.

«Beta Singerman» decía la placa dorada en el buzón de correo instalado a la entrada de una preciosa villa sombreada por sauces y abedules. Su marido respondía al nombre de Zachary Singerman, trabajaba en la Bolsa y ganaba 10.000 dólares al mes. Sin embargo, y según pude comprobar por mí mismo en el siguiente fin de semana, jamás hizo honor a su nombre. Mientras preparábamos una barbacoa a la orilla del río se empeñó en entonar *Barras y estrellas*, movido de algún recóndito y remoto impulso patriótico. Lo hacía tan mal que hasta los pájaros se aburrieron y escaparon de aquel frondoso lugar. No es ninguna broma fácil: poco después el cielo se nubló. Surgieron negros nubarrones y sonó el trueno. Aquella tarde estalló una tormenta, seguida de una tromba de agua tal, que los ríos se desbordaron y amplias zonas de aquella comarca quedaron anegadas¹.

Pero la tarde de mi llegada, mi hermana salió a abrirme y... me dio con la puerta en las narices. No me reconoció. Sencillamente, mi rostro se había tostado de tal forma y yo había dado un estirón tan considerable, que me tomó por un desconocido.

Cuando conseguí identificarme, mi hermana Beta me abrazó y rompió en un raudal de lágrimas.

—Pareces un hombre —me dijo, tras su largo e inquisitivo examen—. Espero que no vuelvas a las andadas. Zach y yo te ayudaremos todo lo que podamos, pero no estoy dispuesta a que nadie me ponga la cara

colorada por tu causa.

Parecía un ultimátum. Claro que Beta era la mayor de mis hermanas, la más severa y la más responsable.

Al referirse a las *andadas*, aludía a mis descarriados pasos de adolescente. La verdad es que durante mi adolescencia adquirí una bien merecida fama de gamberro, camorrista, chulo y depravado.

Le aseguré a mi hermana que no, que pensaba cambiar, que mi vida daría un giro diametral y ella pareció conformarse y tranquilizarse.

Poco después llegó Zach Singerman. Tenía cuarenta años, con lo que llevaba dieciocho a mi hermana. Era gordo, fondón y flojo, pero vestía un traje carísimo y todo en él emanaba seguridad y prosperidad.

Me estrechó flojamente la mano, me hizo algunas preguntas y me ofreció hospitalidad.

Al día siguiente fuimos a visitar a mis otras hermanas, Silvana —yo había nacido después de ella— y Martina, que vivían en Kakendale y North Hills, respectivamente. Sus casas eran calcadas de la de Zach y mi hermana. Y sus maridos copias gemelas de Zach, si bien Sid era dentista y Bert dirigía una asesoría jurídica. Los tres eran idénticamente gordos, ventrudos, flojos, bien vestidos y un poco calvos. Lo clásico en un hombre bien situado, típicamente americano.

Cuando las tres hermanas estuvieron juntas, decidieron hablar de lo que llamaron «la herencia de mamá». Es decir, a mamá le habían entregado cuatro mil dólares cuando la casa de Cicero fue derribada. Una pequeña, casi ridícula cantidad, a modo de compensación, pues mi familia llevaba viviendo allí cincuenta años.

Mamá nos había dejado el dinero para los cuatro. Es decir, que a mí me corresponderían, lógicamente, mil dólares. Pero mis hermanas y mis cuñados se esforzaron en hacerme ver mi delicada situación económica, en refregarme el hecho de que «a tus hermanas nada les hace falta» y «ese dinero te serviría para empezar».

Para empezar, ¿qué? Podía adquirir, en el mejor de los casos, un nicho a perpetuidad en uno de los cementerios-*drugstore* de Chicago.

Dije que bueno y muchas gracias, qué amables sois y otras expresiones mundanas.

De todas formas, debo reconocer que fueron todos muy amables conmigo. Mis hermanas aludían velada— mente a que yo podía convertirme en un hombre importante —no tan importante como mis cuñados, pero bueno— si olvidaba mis aventuras juveniles, sentaba la cabeza y trabajaba duramente.

Y mis cuñados, como tres loritos, aunque con menos sinceridad, repitieron la misma canción.

En resumen: no se fiaban de mí. Imaginaban que yo podría volver a las *andadas* célebres y dejar en entredicho su buena —y vulgar— fama

de burguesas.

Pero yo no pensaba encerrarme en una funeraria para adecentar cadáveres —proposición de Zach Singerman— o colocarme en un servicio automático de lavado de coches —gentilez de Sid Brown— o bien como ayudante de encargado de almacén de productos químicos en un tinglado portuario —refulgente idea de Bert Havemore.

Regresaba de pasar tres años y medio en el infierno del Vietnam y pensaba descansar durante una temporada. Aparte de «la herencia de mamá», disponía de casi cinco mil dólares de mis sueldos de guerra, que pensaba gastarme íntegramente hasta que no me quedara un solo centavo en el bolsillo.

Permanecí una semana en la casa de Beta y Zach, y después pasé unos días en compañía de mis otras hermanas y cuñados.

Pronto empecé a cansarme. Mis hermanas eran señoras bien situadas y aburridas, y mis cuñados estaban ocupados la mayor parte del día, regresaban al atardecer fatigados, me daban una palmada en la espalda y pronunciaban la eterna pregunta: «¿Has ido a ver alguna cosa, muchacha?» Por supuesto, «alguna cosa» significaba un trabajo en ciernes.

Finalmente, tomé mi determinación. Dije a mis familiares que tenía que visitar a un amigo en California, que pasaría allí un par de semanas y que volvería enseguida. Pero nunca volví o si lo hice fue solamente para decirles «hola y adiós».

Al día siguiente de haber tomado mi decisión, compré una furgoneta en un negocio de coches de ocasión y me metí en un viejo garaje a hacerle algunos arreglos, pues una de las pocas cosas que aprendí en el maldito Vietnam fue salir adelante conduciendo un vehículo a motor.

Me costó casi cuatro días poner en condiciones la furgoneta para que pudiera resistir la larga andadura hasta California. Después llené el depósito a tope y emprendí el camino.

Mi madre siempre había repetido que yo jamás sería un buen negociante, pues dilapidaba el dinero maravillosamente en cuanto caían en mi poder unos dólares, pero lo cierto es que el viaje me salió gratis y aún me sobró algún dinero. En la terminal de transportes de Chicago, me hice con el porte de tres sarcófagos de plomo con destino a MacKroy. (Contenían otros tantos cadáveres de empleados de ferrocarril muertos en un accidente ferroviario y el transporte era ilegal, pues no me entregaron más documentos que las direcciones donde debía entregar los «fiambres», pero me pusieron en la mano seiscientos dólares y yo tomé la ruta y no paré hasta MacKroy, setecientos kilómetros más allá, dirección Suroeste.)

En MacKroy conseguí otro porte —¡trescientos kilos de tulipanes!— y en Topeka cargaron mi furgoneta de productos químicos que exhalaban

un hedor infernal.

Así, como he dicho, conseguí hacer el viaje sin gastar un centavo de mi dinero y aun incrementé mi pequeño capital de nueve mil dólares en dos mil más.

Como había dicho mi pobre madre, yo no servía para los negocios.

Capítulo II

EN marzo estaba en Kimberley, un barrio «canalla» de Los Angeles. Había prostitutas y los *macarras* sujetaban todos los muros de las calles. Y no sólo eso: hasta las chimeneas de las fábricas lanzaban al aire humos que tenían un acre aroma a marihuana.

Estuve catorce meses haciendo la ruta del *cáñamo*: Los Angeles-Santa Ana-Oceanside-San Diego-Tijuana. Y Mexicali-Torpe-Gruta y Babilonia entera. Viajes de ida, viajes de vuelta, horas y horas de tensión al volante, con furgoneta unas veces disfrazada de vehículo fúnebre, otras de vendedor ambulante, capilla rodante, turismo organizado... Y fugas disparatadas a campo traviesa, amortiguadores y direcciones rotos, carrocería ondulada, frenazos, vuelcos...

Y luego, la cárcel de nuevo. Afortunadamente fui lo bastante listo como para arrojar el alijo a una alcantarilla unos segundos antes de que me detuvieran. Pero olvidé un paquetito en la caña de la bota y... «uno a tres años» en el tribunal especial de Los Angeles.

Sólo estuve un año. Y fue horrible, estuve a punto de suicidarme. Homosexuales, matones, amenazas, vida sórdida, presos, presos, presos... Y, sobre todo, la falta de libertad, que yo era incapaz de soportar.

Pero lo soporté y salí, con buena conducta y un poco de mano izquierda. No tenía la furgoneta —decomisada—, pero sí disponía de pequeños depósitos de dinero aquí y allá.

Así que, de nuevo en la calle, yo aborrecía la simple idea de volver a la cárcel. Poseía —mis pequeños depósitos— unos veintidós mil dólares.

No me había hecho rico y había corrido peligros considerables —entre ellos, el de cargar con una condena mucho mayor—, de modo que, a la hora de emprender nuevos negocios, di de lado al de la marihuana.

—Es un *mal rollo* —decidí. Y me olvidé del asunto.

Por supuesto, yo gastaba demasiado dinero para continuar cruzado de brazos. Había que hacer algo y cuanto antes.

En Kimberley, solía aparecer de vez en cuando por un tugurio que respondía al sombrío nombre de Sure Death². Lo cierto era que el nombre era exagerado, pues excepto alguna gresca entre marineros drogados y prostitutas avariciosas o algún ajuste de cuentas a tiro limpio entre la gente de la droga, aquella especie de club nocturno no solía

ofrecer grandes riesgos.

Fue allí donde conocí a Sallybrown, una avezada meretriz que a pesar de todo... apenas acababa de cumplir los veintiún años. Se llamaba, claro, Sally Brown, pero le gustaba que la llamaran de la otra manera, es decir: Sallybrown, todo seguido.

Era una muchacha delgada, pecosa, de tez un poco marchita, siempre embutida en pantalones tejanos tan estrechos que ponían en evidencia su extrema delgadez de cigüeña nocturna.

De todas formas, era una buena muchacha, cumplidora y leal, aunque de un carácter endemoniado cuando alguien trataba de humillarla o burlarse de ella. (Yo la había visto romper la cabeza a un robusto *marine* con una botella de champán mexicano. Al pobre soldado lo sacaron de Sure Death chorreando sangre como un becerro y jamás le volvimos a ver por allí, aunque uno de sus compañeros dijo, días después, que Simonson, el *marine*, padecía un traumatismo cerebral gravísimo, del que era probable que resultara lelo para el resto de sus días.)

Siempre que me veía fruncía los gruesos labios en un mohín de mujer fatal y murmuraba:

—¿*Qu'hay*, Sinatra?

La verdad es que nunca llegué a saber por qué me llamaba Sinatra, pues yo peso ochenta kilos, mido un metro ochenta y uno y mi rostro es más bien ancho.

Al cabo de algún tiempo y cuando mis pequeños depósitos descendían tan velozmente como la Bolsa, llegamos a tener bastante confianza. Conseguía arrastrarla hasta una mesa apartada, donde no nos molestasen los borrachos, y ella se dejaba caer con desgana en una silla. Después simulaba probar su *krakatoa* (un combinado verdaderamente explosivo) y yo bebía a pequeños tragos mi vaso de vino frío de California.

Se esforzaba en hacerme conocer a los personajes más característicos del lugar, a los clientes más habituales.

—Esa es Rosa *Tequila* —me decía. O bien—: Ese que acaba de entrar es Rudy Constanza, un paisano tuyo, un matón de mierda, que estuvo a punto de amputarme una teta de un navajazo. Yo le di un estrujón en los «iguales» y se cayó al suelo redondito. Siempre me mira con aire de perdonavidas, pero jamás ha vuelto a molestarme.

Una noche vimos entrar a un gigante que caminaba tan erguido que inmediatamente imaginé que estaba borracho como una cuba. Murmuró en la barra un gutural y atropellado *guten nach*, consiguió que le sirviesen un «tanque» de cerveza, caminó dignamente hasta una mesa próxima a la nuestra, se sentó, alzó ceremoniosamente el gigantesco vaso, se bebió la cerveza de un solo trago y... estampó gloriosamente su

braquicefálica testa sobre la mesa. El «tanque» cayó al suelo y se rompió, pero él respondió con un sonoro y profundo ronquido. Estaba *groggy*.

—Es Fritz, el alemán —me informó Sallybrown—. Buen chico. Un pedazo de pan. Tan capaz de romper la cabeza a diez tíos con sus propias y limpias manos, como de dejarse sacar diez dólares por cualquiera que se acerque a él lagrimeando.

Había logrado describir magistralmente a Jan Kernig con unas pocas palabras. (Lo de Fritz era una manía de Sallybrown: llamaba así a todos los alemanes.)

Ella había dicho que Jan era un buenazo y también que podía deshacerse de unos cuantos hombres a la vez sirviéndose simplemente de sus descomunales puños. Pues bien: pude comprobar que ambas afirmaciones eran verdad, si bien en orden inverso.

Pocos días después, vi a Jan en Sure Death. Yacía sobre una mesa, roncando su borrachera de cerveza. Hacia las dos de la madrugada llegó un grupo de soldados. Todos eran altos, robustos, exultantes, de músculos, de dólares y de... alcohol. Se empeñaron en jugar a los bolos con unos vasos, pero la mesa que ocupaba Jan les estorbaba. Uno de ellos, el más sólido de ellos, golpeó la espalda del alemán y gritó: «Apártate, bolchevique.» Fue terrible. Jan despertó con los ojos inyectados en sangre, pero se alzó de la mesa con una lentitud y una seguridad impresionantes. Miró al soldado, murmuró:

—¿Qué has dicho?

Y el soldado repitió:

—Que te apartes, maldito bolchevique.

Jan disparó su puño izquierdo y el flamante muchacho de la Infantería de Marina dio la vuelta en el aire y tiró por los suelos a cinco de sus compañeros. Después se armó la marimorena. Sillas rotas, mesas destrozadas... Y cráneos, y rostros sangrantes, y hombres que volaban por el aire y aterrizaban de mala manera sobre la moqueta, y vómitos y chillidos y bravuconadas: «Tenemos que matarle.» Pero la verdad es que cuando tres de los *marines* estuvieron en tierra, seriamente magullados, Jan cogió a dos de ellos por el cuello y los sacó en volandas a la calle. Cuando volvió, miró a los que aún quedaban en pie —aunque no muy seguros— y aquellos muchachitos cogieron la puerta y jamás volvieron a aquel lugar llamado Muerte Segura.

No mucho después, una noche, Sallybrown me dio un golpe en el muslo, señaló a Jan Kernig (que se disponía a tragar su descomunal jarra de cerveza de un solo trago, como siempre) y se puso en pie.

La vi que se acercaba a él contoneando las caderas y temí por la delgadísima prostituta. Sin embargo, Jan se inclinó hacia ella para oírla mejor —la música de los Rolling Stone atronaba el ambiente, detalle

familiar—, le vi asentar con lentas cabezadas, sacó un pequeño fajo de billetes del bolsillo, apartó tres, y luego, en un impulso, puso todo el dinero en manos de Sallybrown, que regresó a mi mesa, con expresión de triunfadora.

—¿Lo ves? Le he dicho que tengo un hermano en el hospital. Ha sido suficiente —me confió, mostrándome aquel puñado de billetes en el que contamos ciento dieciocho dólares.

Me resultó simpático desde el principio, lo confieso. Con Jan se estaba bien, si nadie se metía con él. Algunas veces llegaba menos borracho y se ponía a cantar *Was inch Nitch Weiss* con voz grave y bien timbrada, e incluso bromeaba con las muchachas de la barra o invitaba a un cigarro habano. Si se le molestaba, el tugurio se convertía en un lugar peligroso. Sin embargo, Jan aguantaba bien el acoso de una meretriz o el diálogo baboso de un borracho. Lo que de ninguna forma soportaba era que le molestasen adrede o le insultasen.

—¿Cuál es su «rollo»? —le pregunté un día a Sallybrown.

—Tiene un barco, un yate de pesca que alquila a los millonarios y pilota él mismo. Se ganaba la vida fácilmente... Pero ahora se encuentra en un mal momento, un bache... Tuvo un accidente de automóvil en Santa Rosa, mala cosa. Conducía un coche sin carnet y atropelló a dos viejos que viajaban en un Mercedes, mala suerte. Se ha visto obligado a hipotecar el barco y no puede pagar los vencimientos de la hipoteca. Se lo quitarán.

Aquello despertó en mí otra clase de interés. Un barco, el mar abierto, otros lugares, movimientos, diversión, aventura, peligro... Muchas nociones que estaban en íntima relación con mi carácter.

No habló aquella noche con Jan Kernig, pero sí a la mañana siguiente, cuando aguardaba en el muelle junto a su yate.

Le dije:

—¿Cuánto quiere por su barco?

Y él respondió:

—Demasiado caro para usted, amigo —estaba perfectamente sobrio y hablaba un inglés impecable. Su lengua materna sólo salía a flote durante las borracheras.

Hablamos. Era un hombre que conocía mucho del mundo, de los negocios, de las mujeres. Adiviné que había alguna historia poco confesable en el trasfondo de su memoria, pero jamás le hice ninguna pregunta al respecto, ni siquiera cuando llegamos a ser verdaderos y leales amigos. Allí cada cual con su pasado.

Le hablé de Sallybrown, de la hipoteca del yate. Apretó las mandíbulas y no hizo ningún comentario, pero yo insistí. Dije que tenía algún dinero y que necesitaba invertirlo en algún negocio seguro. Y...

—¿Cuánto necesita para desembarazarse de la hipoteca? —pregunté

de pronto. Y sus ojos, tan azules como el mar de la bahía de San Diego, chispearon.

—Quince mil dólares —murmuró, como avergonzado. Y lo estaba, porque iba a perder el yate y aquel barco era para él algo más que un simple medio de vida. Era «su» vida.

—Vendré a verle mañana —dijo. Y me marché, al tiempo que sacaba la petaca de coñac del bolsillo y derramaba el licor a lo largo de los adoquines del dique.

Recorrí mis «pequeños depósitos» y volví a la mañana siguiente al puerto. Allí estaba Jan Kernig, enhiesto, con la cachimba entre los dientes y la mirada perdida en el mar.

Conté cuidadosamente quince mil dólares y se los entregué. Parpadeó. No quería creer que un desconocido le liberase tan fácilmente de la trampa de la hipoteca. Pero no desconfió de mis intenciones: se limitó a mirarme fijamente a los ojos. Después se guardó el dinero en el bolsillo trasero de su pantalón; dijo:

—Gracias. Espéreme —y se marchó.

Estuve esperándole hasta el mediodía. Volvió con una borrachera gloriosa, pero su expresión había cambiado: ahora sus facciones no estaban fruncidas y sus ojos color de mar chispeaban como turquesas.

—Amigo —dijo. Y me estrujó la mano de tal forma que tuve que despegar los dedos—. Tú y yo haremos grandes negocios.

Y me preguntó:

—¿Qué quieres hacer?

—¿Qué te parece a ti? —le repliqué yo.

Miramos durante un rato el sol que pronto declinaría hacia el poniente y pensamos que nuestro camino iba hacia allá, Pacífico sur abajo.

¿Que qué íbamos a hacer? ¡Y qué nos importaba!

Podíamos ser piratas en el mar de la China, comerciantes de especias, pescadores de perlas, marineros de postín al servicio de algún ricacho con ínfulas de pescador avezado... ¡Lo que fuera! Teníamos un barco e íbamos a plantar en él nuestra casa.

Pero sólo me quedaban tres mil dólares. Cuando dije esto en voz alta, Jan frunció el ceño, se rascó la dorada y corta pelambrera y respondió:

—¡Ya está! Iremos a la procesión.

La «procesión» era ni más ni menos que el éxodo de la langosta. Miles, millones de enormes langostas se pondrían pronto en procesión desde la costa mexicana y el Golfo de California. Una marcha lenta, penosa, larguísima que terminaba en ninguna parte. Los crustáceos sabrosísimos se irían de viaje, hacia el Norte, siguiendo una dirección imprecisa, pero que Jan conocía a las mil maravillas.

Se gastó ochocientos dólares en unas redes. Cuando comenzó la

procesión, salió él solo una mañana y regresó al atardecer: perfectamente ocultas en la bodega traía mil cuatrocientas langostas, casi dos mil kilos de exquisito marisco. No me pregunté, ni le pregunté cómo las había pescado: él sabía cómo hacerlo, aunque aquella pesca era ilegal de todas, todas.

—¿Y ahora qué? —pregunté. Y no era preciso ser más explícito para que él comprendiera que me refería a la comercialización de aquellos exquisitos bocados que podían pudrirse rápidamente en la bodega del yate.

Jan dijo:

—Es cosa mía.

Y aquella noche repartimos una jugosa cantidad de dólares en el tugurio llamado *Sure Death*.

En cambio, nuestro yate se llamaba *Good Luck*³. ¿Podía haber mayor paradoja?

Jan no me permitió intervenir en el negocio de la «procesión». Más tarde comprendí por qué: era demasiado peligroso y él, agradecido, consiguió mantenerme al margen. De todas formas, el asunto rindió casi cuatro mil dólares. Le dije a Jan que por qué no comprábamos un par de equipos de respiración autónoma, un compresor, una cámara de descompresión, algunos útiles imprescindibles... y él preguntó:

—¿Para qué?

Y yo dije:

—Para perdernos por esos mares y tratar de encontrar algunas de las cosas que los marinos han extraviado a lo largo de sus singladuras.

Se le encendió la sonrisa. Hizo venir a Sallybrown —que durante aquellos días nos había venido observando con expresión ansiosa— y la invitamos a champán. Pero no a champán mexicano, sino a carísimo champán francés de cava, del que nos bebimos aquella noche mil dólares cumpliditos.

Fue una borrachera monumental por partida triple. Jan no estaba acostumbrado al champán y le dio por cantar y gimotear, mitad y mitad. En cuanto a Sallybrown, nos obsequió con el más emocionante *strip-tease* que yo haya visto jamás.

Ya casi de mañana, entregué unos dólares a un camarero para que nos buscara un taxi. Dos, mejor dicho: uno para Sallybrown y otro para Jan y yo mismo.

Mi amigo Jan y yo nos quedamos dormidos en el taxi. Al salir el sol, el taxista se cansó de rogarnos que nos marcháramos y nos arrojó a patadas de su vehículo.

Jamás volvimos a ver a Sallybrown.

Capítulo III

EN tres meses, Jan y yo conseguimos sacar a flote otras tantas chatarras que suponían miles y miles de toneladas de hierro para fundición.

Se trataba casi siempre de barcos de guerra japoneses hundidos a sesenta o setenta metros de profundidad. En su interior, rara vez encontramos cosas de valor, pues habían sido saqueados exhaustivamente por submarinistas desaprensivos, que para nada tuvieron en cuenta el considerable valor de la chatarra.

Sin embargo, estos trabajos eran demasiado lentos, laboriosos y arriesgados. Por ejemplo, en los corales de las Tuamotu y cuando tratábamos de poner a flote un *carry* japonés, Jan se quedó enganchado en una arista oxidada. El incidente ocurrió a cuarenta metros de profundidad y cuando Jan trató de soltarse, la agudísima arista metálica segó el conducto de su depósito de oxígeno. Fue un accidente gravísimo. Instintivamente, Jan nadó hacia la superficie y su sangre se envenenó. Tuve que meterle apresuradamente en la cámara de descompresión, pero esto no fue suficiente, por lo que me vi obligado a dejarlo todo —habíamos invertido doce mil dólares en aquel negocio, que se perdieron —y al salir zumbando hacia Ylahi Point, donde mi amigo tuvo que permanecer casi un mes en el hospital antes de que estuviera en condiciones de volver a resollar.

De todas formas, ganábamos dinero, si bien a costa de riesgos increíbles. Habíamos comprado toda una biblioteca sobre la técnica de poner a flote barcos hundidos y llegamos a aprendernos todos los trucos tan bien, que sacamos de casi cien metros de profundidad un enorme crucero blindado japonés, llamado *Tushida*, que había gobernado el mismo Tojo⁴ durante la Segunda Guerra Mundial.

El *Tushida* desplazaba 48.000 toneladas y significó para nosotros casi cincuenta mil dólares (curioso: a mil dólares por mil toneladas). Lo más importante fue que en la cámara acorazada había unos veinte millones de dólares en divisas oro, de los cuales no tocamos un solo centavo, pues en cuanto el crucero emergió, aparecieron dos cañoneras yanquis y un acorazado con base portahelicópteros. Nos arrancaron el barco de nuestras mismas narices y casi nos trataron a golpes. (Después sabríamos que la caja fuerte del *Tushida* contenía, además de su tesoro, un diario de a bordo del mariscal Tojo, que desapareció en manos del hormiguero

de agentes de la CIA que subió al barco en cuanto éste se mantuvo a flote sobre las olas.)

—¡Mierda! —como dijo gráficamente mi amigo Jan Karnig—. Si tanto les interesaba ese diario, ¿por qué esperaron treinta años a que dos idiotas como nosotros pusiéramos ese cascarón a flote?

De todas formas, hacíamos lo que queríamos y cuando queríamos. No era extraño, desde luego, que Jan y yo nos refugiáramos en Miami Beach o en Río cuando llegaba el invierno. No teníamos predilección por los Trópicos: fuera el de Cáncer o el de Capricornio, siempre sabíamos hallar un lugar al socaire de las tempestades cuando llegaba el mal tiempo. De todas formas, lo mismo Jan que yo, preferíamos con mucho los largos cruceros marítimos a las cortas, pero tempestuosas, estancias en tierra.

Amábamos la aventura, desafiábamos el riesgo, nos sentíamos a gusto sobre las olas encrespadas y sentíamos latir nuestros pulsos cuando, en alta mar, teníamos que enfrentarnos a una galerna en aquel cascarón de huevo llamado *Buena Suerte*.

De todas formas, estuvimos deambulando por el Pacífico Sur durante un año más. Para entonces nuestra biblioteca se había engrosado tanto a bordo del *Good Luck* que apenas quedaba sitio para nosotros. Jan tenía la manía de adquirir cualquier tratado sobre batallas navales y naufragios. Sabíamos tanto acerca de estas nociones, que hubiéramos podido escribir toda una biblioteca sobre tesoros sumergidos.

Hacia mayo del sesenta y nueve conseguimos la concesión número 10.301 para buscar galeones españoles hundidos entre Florida y las Bahamas.

Ya empezaba a hablarse entonces del que luego fue famoso Triángulo de las Bermudas. Y, desde luego, que a nosotros nos trajo mala suerte.

Jan había estado largos días estudiando la reseña de un naufragio de cinco galeones cargados de plata y oro frente al arrecife de Kay Barbicane, casi a noventa millas marinas de Miami Beach.

Jan tenía datos muy precisos. Eran datos oficiales, que casi nunca concordaban con la verdad, pero en este caso mi amigo había comparado referencias de diarios de a bordo de los capitanes de hasta... ¡sesenta naves! que cruzaban la zona por aquella época: 1590.

Tanto me habló y me habló, que finalmente gastamos una considerable cantidad de dinero en el proyecto. Contratamos a tres submarinistas experimentados y nos dispusimos a echar el ancla junto a los erizados arrecifes de Kay Barbicane.

No permití que Jan se zambullese. Era mil veces más útil en cubierta. Podía ocuparse del compresor y... también de evitar que los cuatro marineros de a bordo cortasen los tubos de oxígeno y nos enviasen a bordo del mar para que fuésemos devorados por los tiburones. Esto

había ocurrido ya en Mogoia, una de las pequeñas islas de las Hawaii: dos nativos levaron el ancla, cortaron el tubo del compresor gracias al cual trabajábamos Jan y yo y trataron de llevarse el barco, con todos nuestros enseres y... casi quinientas libras de plata en barras, que habíamos sacado del fondo del mar. Por fortuna para nosotros, trabajábamos a poca profundidad y aquellos estúpidos no sabían gobernar un barco, por lo que nos fue fácil salir a flote, gatear por la amura de babor y caer sobre ellos cuando más seguros se creían. Fue horrible: Jan les condenó a una «vuelta por la roda»⁵.

Bajé con John Bautista, un excelente buceador cubano. Enseguida nos dimos cuenta del peligro que corría el *Good Luck*: estaba anclado apenas a ocho brazas de un arrecife compacto y tan aguzado como una cuchilla. La mar era gruesa y el yate se balanceaba peligrosamente de popa a proa, hasta casi rozar el arrecife.

Como quiera que el casco del *Good Luck* era de madera, bastaría que un golpe de mar violento desprendiese el ancla, para que la embarcación se fuera rectamente hacia el arrecife y su casco fuera hendido en dos con tanta facilidad como un cuchillo parte un limón.

Emergí y expliqué la situación a Jan. Pero él dijo que la mar estaba en calma —mentira podrida—, y que debíamos echar una ojeada abajo.

John Bautista y yo fuimos abajo. Nuestra perdición fue que encontramos un par de cañones de bronce entre el légamo. En cuanto subimos y Jan lo supo, nadie pudo apartarle de su creencia de que íbamos a encontrar dos mil arrobas de oro y plata en lingotes (ésta era la descripción del tesoro que él buscaba).

Pero la mar no era tan calma y el *Good Luck* andaba necesitado de carena. Bastó que el oleaje le empujara un poco adelante para que el ancla saltase y las cuadernas del casco se desgajasen como si estuvieran hechas de troncos de bananeras.

El barco estaba hundiéndose cuando John y yo salimos a flote y nos agarramos a los arrecifes. Entretanto, Jan estuvo a punto de morir por sacar del puente nuestras pertenencias.

Fue algo desastroso. Perdimos ocho mil dólares, sin contar nuestro equipo de inmersión —otros tres mil dólares— y el valor del *Good Luck*.

En cuanto a esto, Jan me tranquilizó. Emergió como una enorme morsa, con sus dientes al aire, y llevando aferrado en ambas manos nuestro humilde tesoro.

—Déjalo. Es un viejo amigo —farfulló. Miraba al barco, que se hundía—. Pero ya cumplió. Realmente no vale los ochenta mil dólares en los que lo aseguré.

Sucedió un breve paréntesis. Cobramos ochenta mil dólares del seguro —¡Dios mío, cuánto incauto hay entre los hombres-clave en las compañías aseguradoras!— y nos largamos hacia la caliente Costa Oeste.

No fuimos a Los Angeles, sino a San Francisco. Dos días después, Jan me despertó a trompicon limpio cuando yo dormía tranquilamente mi siesta.

Agitó ante mis narices un periódico y me explicó que dos días después iba a celebrarse una subasta civil de navíos de desecho de la U. S. Navy.

—Hay una draga preciosa que desplaza casi mil toneladas —me dijo, brillantes los ojos y reseco el paladar—. El tipo de licitación son setenta mil dólares, pero yo conozco a mucha gente en el Arsenal de San Diego y puedo conseguir ese hermoso barco en mucho menos de lo que piden.

—¿Qué podríamos hacer nosotros con ese cascarón? —le pregunté, adormilado.

—¿Cómo que... qué podríamos hacer... con ese cascarón... cascarón? —la palabra se convirtió en una bola y se le atascó en el garganta—. *Mein Gott*, la madre que te parió, dichosos tú y yo, *my friend*, *mío amigo*, amigo del corazón —masculló en un torrente de palabras pronunciadas, chapurreadas, en mil idiomas—. ¡Es lo propio, lo que necesitamos! ¡Una draga! Un barco de una vez... Mar de Plata, bahía de Vigo, lo que *querramos*.

Yo tenía mucho sueño. Y dije:

—Ve. Haz lo que te parezca.

Volvió dos semanas después. Ya le daba por desaparecido, cuando me llamó desde el puerto y dijo:

—Ven a ver a *Good Luck*.

Pedí un taxi y corrí a verle. Estaba junto a su nueva *Good Luck*. La draga tenía una apariencia infame. Barco de hierro, de casco panzudo, aquello no podría navegar, sino botar sobre las olas como un tonel.

Me equivocaba, sin embargo. La nueva *Good Luck* resultó un barco maniobrero y muy seguro en alta mar, capaz de desafiar, con mejor suerte a las galernas, que los maravillosos veleros de los ricos del Norte.

Enseguida nos vimos otra vez metidos de lleno en terribles complicaciones. Fuimos a Filipinas. Jan quería sacar a flote otro barco japonés, el *Fuji Tokaido*, el primer portaaviones nipón, un buque que desplazaba 99.900 toneladas. Se suponía que a bordo encontraríamos riquezas muy superiores a su valor en chatarra.

Estábamos allí en octubre, fecha fatal de los tifones, que puso a prueba la flotabilidad del *Good Luck II*.

Nuestro error fue contratar a marineros filipinos. Cuando tras quince días de bregar con el mar y los marrajos, el *Fuji-Tokaido* salió a flote arrojando surtidores de agua a presión como una ballena, enseguida aparecieron en lontananza los destructores yanquis. Y no sólo esto: acudió el portaaviones *Nurse*.

Yo hice lo que pude. Utilicé la radio de a bordo para ponerme en

contacto con los norteamericanos y dar cuenta de la aparición —«esporádica», dije— del barco japonés.

No nos sirvió de nada. Habíamos llevado a cabo la operación sin licencia —el Gobierno filipino nos exigió 50.000\$ a *vida o muerte*— y ahora teníamos que afrontar el lío.

Nos detuvieron y llegamos a puerto. En Manila, nos encerraron sin mediar palabra. Se habían incautado del *Good Luck II* y, seguramente, nos mantendrían entre rejas hasta que los filipinos volvieran a hablar en castellano.

Pero aquella misma noche el vigilante nos anunció una visita. Se trataba nada menos que de lord Douglas Benson-Perry.

Vimos aparecer a un individuo de mediana estatura, vestido con un impecable traje veraniego color avellana. Llevaba un monóculo, un reloj de oro en su chaleco y un bigotillo rojizo.

—Abran —dijo al carcelero. Y le abrieron. De la misma forma, ordenó al vigilante que se alejara, y éste le obedeció inmediatamente.

Luego nos observó con infamante desprecio. Se acercó a la reja, tornó hacia nosotros y murmuró por la comisura de sus labios, bajo el bigotillo rojo:

—Os puedo sacar de aquí. Ahora mismo. Bastará con que me aceptéis como socio.

—¿Quién diablos es usted? —gruñó Jan, desconfiado.

Pero yo me puse en pie inmediatamente y presté atención a aquel individuo, puesto que estábamos perdidos.

—Para vosotros, soy quien soy. Es decir, Robert Grisby, nacido en Liverpool —dijo rápidamente. Cambió la voz de forma impresionante y pronunció con acento de Oxford—: Lord Douglas Benson-Perry, lord del Almirantazgo Británico, almirante en jefe de...

—Calle, amigo —susurré—. ¿Es cierto que puede sacarme de aquí? Quiero decir... a mi amigo y a mí.

—Nada más fácil —susurró lord Benson-Perry—. ¿Tienen aquí el seguro del *Good Luck 77*?

Lo saqué inmediatamente de mi calzoncillo. El documento había sido plastificado, de modo que el agua no lo estropease.

Lord Benson-Perry se apoderó rápidamente del documento y lo guardó.

—Pues bien: estarán libres de culpa inmediatamente —dijo. Y llamó al carcelero, le abrieron y se marchó.

Jan estuvo a punto de matarme.

—¡Estúpido! ¿Por qué se lo diste? ¡Nos dejará en la estacada!

—Calma —respondí—. No tenemos nada que perder.

Diez minutos después, un oficial nos abrió la celda y nos presentó sus excusas. Este mismo oficial en persona nos acompañó en su fabuloso

Continental hasta el puerto y nos entregó un documento del Gobierno filipino que nos autorizaba a levar anclas cuando nos apeteciese. Había vigilancia alrededor del *Good Luck* 77, pero los soldados de marina se marcharon en cuanto llegamos nosotros.

Subimos. En el puente nos aguardaba lord Douglas Benson-Perry. Es decir, un harapiento vagabundo llamado Robert Grisby.

—Será mejor que levemos el ancla —dijo. Y así lo hicimos.

Capítulo IV

EN cuanto zarpamos de Manila, Robert Grisby se manifestó como un consumado marino. Por desgracia, era tan indolente que rara vez se ofrecía para echarnos una mano en las tareas de a bordo.

Jan le odiaba, sencillamente. A cada momento, tenía que interponerme entre ellos para evitar que se enzarzasen. Con toda sinceridad: temía más a Grisby que a Kernig, pues si éste era capaz de romper media docena de costillas al británico de un solo puñetazo, Grisby tenía una navaja en el bolsillo con la que hacía maravillas. Lo mismo podía tallar con ella una deliciosa figurilla-amuleto de las Fidji que rajar el vientre de un enemigo de una sola y fulminante puñalada.

Al cabo, llegaron a apreciarse profundamente, pero esto no sucedió sino al cabo de muchos meses de discusiones y porfías.

Por mi parte, además de intervenir como árbitro de sus continuas contiendas, empezaba a sentirme atraído por la propuesta que me había hecho Bob Grisby.

—¿Por qué no trabajar directamente para las compañías de seguros? Para la Lloyds, por ejemplo.

—¡Estás loco, Bob! —él prefería que le llamáramos Robert e incluso hubiera aceptado el *sir* delante—. ¿Crees que los de Lloyds iban a confiar en unos tipos como nosotros? ¡Ratas del mar, nos llamó en cierta ocasión uno de sus agentes! —respondí.

—Buitres, nos llamó buitres del mar —intervino Jan, más explícito—. ¿Cómo puede ocurrírsete tamaña tontería?

—No-es-ninguna-tontería —silabeó Grisby. Y añadió—: Yo tengo un amigo en la Lloyds. Puedo explicarle el caso y llegar a un acuerdo con la compañía.

—Veamos —dije—. ¿Cuál es exactamente tu plan, Bob? Explícanoslo con detalle.

—Desde luego —respondió, más relajado—. Escuchadme: sé de alguien que se hizo rico con este negocio. Incluso yo estuve a punto de intervenir en él, y si no lo hice fue... ¡ejem!, porque por entonces llevaba otros negocios entre manos —mentira podrida: por entonces, Robert Grisby cumplía condena en la isla de Trinidad—. Cuando la Lloyds paga al dueño de un barco hundido, es esta compañía la que tiene derecho sobre los buques naufragados. Ellos poseen una lista

secreta de naufragios. Algunos de los barcos hundidos portaban cargas valiosísimas. Pues bien: nosotros podemos ofrecernos a la Lloyds para ponerlos a flote, con la condición de repartir al cincuenta por ciento el botín obtenido. ¿Qué os parece?

No estaba mal. Posiblemente —de ser cierto lo que Grisby proponía— ganaríamos más dinero que hasta la fecha e iríamos sobre seguro, seleccionando nuestras «piezas de pesca».

Entretanto, habíamos decidido hacer una escala en Sidney (Australia), donde llegamos a primeros de noviembre.

En cuanto atracamos en el puerto, Grisby desapareció. Y no sólo él: Jan advirtió la falta de su cartera, que contenía unos quinientos dólares.

—¡Maldito lord de mierda! —rugió mi irascible compañero, congestionado de rabia—. ¡Ya *sabía* que nos la jugaría, antes o después! —siguió gritando insultos en alemán, que, por fortuna, yo apenas entendía, pero por el tono de su voz intuía que se trataba de los más sucios epítetos pronunciables en lengua teutona.

Traté de calmarle.

—Déjalo correr —le dije—. Si nos hemos librado de él, da por bien perdidos tus quinientos dólares.

Pero resultaba muy difícil —si no imposible— librarse de un tipo tan testarudo como Robert Grisby: dos días después le teníamos con nosotros. Llegó con una trompa fenomenal y con los bolsillos vacíos: no le quedaba un centavo.

No bien acababa de subir a bordo, cuando Jan le pilló por detrás, le rodeó el cuello con su brazo descomunal y comenzó a apretar. Por fortuna, Kernig *ladraba* sus insultos a voz en grito y subí desde mi camarote. Fue eso lo que le salvó la vida a Grisby, porque de haber tardado yo dos minutos, Jan le hubiera roto el cuello.

Tuve que golpear a Jan para conseguir que soltase a Bob, que cayó al suelo, casi asfixiado. Cuando se recuperó y pudo explicarse, me dijo que se había gastado la mayor parte del dinero en telefonear a Londres. El resto lo había gastado en whisky y en enviar un ramo de camelias.

—¿Un ramo de camelias? ¿A quién, adónde? —grité, furioso.

—A Nelly O'Connor. Es una preciosa muchachita del Soho. Por desgracia, tiene que ganarse la vida con el oficio más antiguo del mundo.

—¡Ah, vamos: una prostituta! —exclamé.

Me dirigió una mirada fría e intensa que jamás podré olvidar.

—No vuelvas a hablar así de Nelly —me advirtió—. No lo consentiría.

—Pero... ¿quién diablos te crees que eres tú? —rugió Jan, dispuesto a saltar sobre él y a terminar de hacer lo que yo había impedido momentos antes.

Bob se metió la mano en el bolsillo.

—Nada menos que Robert Grisby —respondió, solemne. Y añadió, sacando la mano... vacía—: Es posible que sólo sea un vagabundo, un piojoso lleno de mugre, pero soy amigo de quienes me tratan bien. Y Nelly... Bien: no dejé de recibir su carta ni un solo día, mientras estuve preso en Trinidad. Y, dentro del sobre, Nelly me enviaba dos libras. Día a día, sin faltar uno solo. Por eso me gasté cincuenta de vuestros asquerosos dólares en hacerle llegar un ramo de flores.

—Así que también eres un sentimental... —me burlé. Pero al advertir que Bob se encrespaba, opté por callar y apaciguar los ánimos.

Bajamos los tres al comedor, que era la pieza más grande —Jan la había convertido en biblioteca y salón de estar— y cada uno se sirvió lo que quiso del bien surtido bar de a bordo. Yo abrí una botella de vino tinto, Jan descorchó una de cerveza y Grisby se sirvió una generosa ración de ginebra con hielo.

—¡Ah, lo había olvidado! —dijo cuando se llevaba ya el vaso a los labios—. El contrato con Lloyds está resuelto.

—¿Resuelto?

Metió una mano en el bolsillo interior de su mugrienta cazadora y arrojó un papel sobre la mesa.

—¡Cinco mil libras! —exclamé en voz alta sin poder contenerme.

—Es verdad —dijo sin darle importancia—. Se me había olvidado.

—Pero... ¿cómo lo conseguiste? —pregunté, al fin, estupefacto aún.

—Ya os dije que tenía un amigo. Desde luego, he tenido que salir fiador por vosotros —dijo. Y Jan se encrespó, pero sólo fue un momento—. Les expliqué las características de la *Good Luck II*, después de haberse mostrado interesados en mi proyecto. Glen Thompson, el director general para Australia, obtendrá para nosotros la licencia de las autoridades navales para operar en el mar del Coral. Por supuesto, tendremos que contratar algunos marineros especializados, pero yo puedo ocuparme de ello, si estáis de acuerdo: conozco bien Sidney.

Pero, en realidad, ¿cuál era el punto del globo aún no pisado por aquel vagabundo impenitente? A lo largo de los años, Robert Grisby nos demostraría que conocía a fondo el planeta entero.

Por mi parte, no sabía cómo expresar mi admiración y mi agradecimiento por él. Así que hice lo que se me ocurrió en aquel momento: me levanté, puse dos cubitos de hielo en su vaso y le serví una ración de ginebra. Lord Grisby aceptó mi gesto con una leve inclinación de cabeza, alzó su vaso, dijo:

—*Prosit* —con toda fineza, se bebió su ginebra y... cayó redondo sobre la mesa.

Jan y yo intercambiamos una mirada. Dije:

—Creo que Grisby valía tus quinientos dólares.

Y nos emborrachamos alegremente hasta que el sueño nos rindió.

* * *

Alquilamos un automóvil al día siguiente, pues nos vimos obligados a recorrer Sidney de extremo a extremo en multitud de gestiones. Había que obtener permisos, contratar gente, papeleo oficial, renovar los útiles de buceo...

Grisby nos presentó a Glen Thomson, de la Lloyds, el cual nos ofreció abundante documentación acerca del barco hundido en el Mar del Coral, una motonave inglesa matriculada en Porthsmouth con 4.000 toneladas de desplazamiento, la *Southsea Dragoon*.

Esta nave había naufragado dos años atrás, a trescientas millas de Towsville y poco más de noventa de la isla Willis.

El cargamento estaba compuesto por mil toneladas de maquinaria inglesa perfectamente embalada y por... 400.000 botellas de whisky escocés de malta, cuyo valor intrínseco no era inferior a seiscientas mil libras esterlinas, aparte del valor de la maquinaria, tasada en doscientas mil libras.

En total, Lloyds había pagado a los consignatarios del flete cuatrocientas mil libras esterlinas.

—Era el valor que cubría la póliza que suscribieron con nuestra empresa, lo que viene a significar una cantidad muy por debajo del valor real del siniestro —nos informó Thompson—. Tengan en cuenta también el valor del *Southsea Dragoon*, no incluido en la póliza, aunque para ustedes sólo signifique un montón de chatarra.

Bob se ocupó de buscar seis marineros expertos. En lugar de extenderles el contrato a partir de la fecha de partida, los puso en nómina desde el primer día, lo cual atrajo las iras de Jan. Con toda razón, pues todavía no disponíamos de los permisos necesarios, y el contrato nos obligaba a pagar sus salarios a aquellos hombres religiosamente desde que pusieron pie en la *Good Luck II*.

Con todo, y aunque seguía mostrándose un poco receloso, Jan parecía muy excitado ante la proximidad de la aventura. Porque es cierto: nosotros jamás abordábamos ninguna de aquellas empresas con el espíritu de negociantes, sino como un desafío a nuestra inventiva y a nuestra audacia.

Al fin, volvimos a tener noticias de Thompson: podíamos disponer de los permisos y hacernos a la mar.

Me sentía especialmente satisfecho aquel día. Jan no se tomaba un momento de reposo, sin embargo. Le veía constantemente en la «biblioteca». Consultaba tratados de Náutica, hacía anotaciones y cálculos y, sobre todo, se afanaba sobre las cartas marítimas. A veces, le

veía mover la cabeza, preocupado, pero no me atrevía a preguntarle nada, pues Jan se volvía irascible cuando alguien le apartaba del asunto que bullía en su tozuda mente teutona.

Y, de repente, aquella noche estalló.

Bob y yo estábamos charlando en la cocina con el nuevo marmitón, cuando él llegó junto a nosotros, frenó bruscamente y gruñó:

—¡La hemos hecho buena! ¡Es la ruina!

—¿Qué ocurre? —indagó Bob, enarcando aristocráticamente una ceja.

—¡Tú tienes la culpa! —bramó Jan, excitado—. Frank y yo debimos suponer que había gato encerrado en todo este maldito tinglado.

—Pero, vamos a ver. ¿Podemos saber qué te ocurre, Jan? —exigí.

—¡Nada! —rugió—. No hay ningún punto en el mar del Coral con menos de quinientos metros de profundidad —especificó con voz fría, *tempestuosamente* fría diría yo—. Y ahora... ¡decidme cómo diablos vamos a sacar ese cascarón a flote! —Se irguió en toda su estatura, miró por encima de mi hombro a Bob y dijo—: Por mi parte, rompo la sociedad. No pienso arriesgar un *pfening* en una *empresa* —puso gran énfasis en la palabra *empresa*— auspiciada por un estafador internacional.

—¿Estafador? ¿Yo? —clamó Grisby dignamente. Y le oí pronunciar algo parecido a *fils de putain*, pero no estoy seguro de que fuera eso.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gruñí. Y comencé a maldecir en napolitano. Vi el efecto que mis palabras (y mis disparos) había hecho en ambos y me guardé el revólver con lentitud—. No podemos convertirnos en niños. En cuanto a ti, Jan —pronuncié con toda la severidad de que fui capaz—, tengo que llamarte la atención. Bob no nos ha exigido nada y ha puesto mucho de su parte.

—¿Qué quieres decir? —respondió el alemán, parpadeando.

—Él nos exigió un tercio de nuestras pertenencias e intereses por sacarnos de Manila y liberar nuestro barco, ¿no es cierto? Pues bien, no le hemos dado nada. El *Good Luck II* sigue estando a nuestro nombre. Es más, si sacásemos ese cascarón cargado de whisky del mar del Coral, podríamos negarnos legalmente a entregarle un solo dólar, puesto que él no nos ha obligado a firmar ningún documento a su favor. Podríamos despedirle ahora mismo, con los bolsillos vacíos y uno de sus miserables trajes. Él no podría exigir nada, porque *nada* nos ha pedido. ¿No te das cuenta? —Jan asintió con torpeza—. Imagino que no has olvidado que la otra noche llegó aquí con un cheque al portador por cinco mil libras. Pudo largarse con ese dinero y jamás le hubiéramos encontrado. Pero no lo hizo. Vino aquí y nos trajo el talón y el contrato con la Lloyds. ¿No crees, Jan, que ha llegado el momento de que confíes un poco en él?

Bob y yo vimos, asombrados, que a Jan se le saltaban las lágrimas.

De repente, en un impulso incontenible, avanzó dos pasos hacia Grisby, tomó sus manos y las besó.

—Perdóname —dijo—. Soy demasiado torpe.

Nunca hubiera sospechado tanta nobleza y afecto en aquel gigante de ojos azules y cabellos rubios. Ciertamente que un momento después, Jan enrojecía hasta la raíz de los cabellos, pero lo que valía de verdad era su arranque de humildad y de nobleza anterior.

Poco después, Jan amenazaba al marmitón con romperle el cuello si contaba una sola palabra de la escena que tuvo lugar en la cocina. Salimos de allí y nos reunimos en la biblioteca.

Bob y yo, bolígrafos en ristre, comenzamos a dibujar bocetos sobre el papel. Cálculos, mediciones y, sobre todo, fantasía.

Jan se aburrió y se marchó. Dijo:

—Tal vez no vuelva esta noche. Ojalá hayáis resuelto algo cuando vuelva —y desapareció.

Capítulo V

VOLVIÓ a la mañana siguiente.

Por supuesto, yo temía su retorno. Imaginaba que se habría emborrachado en los tugurios más infectos de los barrios bajos de Sidney durante toda la noche. Volvería con una borrachera tremenda y, posiblemente, con ganas de armarla.

Pero no ocurrió nada de esto. Por el contrario, llegó absolutamente sobrio. Traía una mujer con él: una joven de unos veinte años, de raza austrálida, aunque de belleza y proporciones tan perfectas que imaginé que se trataba de una mestiza con sangre polinesia, pues los austrálidos puros no se distinguen precisamente por su belleza, tal como la entendería un europeo.

—Es Nami Napritri —dijo Jan al presentármela—. Va a quedarse conmigo —se rascó, nervioso, la pelambreira y añadió—: Por cierto, ¿habéis encontrado alguna solución a nuestro problema?

Llevé a Jan aparte.

—Tienes que ser razonable, amigo mío —le dije—. Por ahora, sólo estamos cuatro hombres a bordo y... podemos tener a una mujer cuando nos plazca. Pero imagínate cuando seamos once y nos hallemos en alta mar. Pasarán días y días, quizá un mes, antes de que podamos tocar tierra. Esa chica, Namidi Natri...

—Nami Napritri —puntualizó rápidamente Jan.

—Pues bien, Nami o como quiera llamarse, nos puede llevar de cabeza a todos. Tenía a bordo, si quieres, uno o dos días. En cuanto nos dispongamos a levar anclas, despídela —le recomendé.

—No puedo despedirla —estaba diciendo Jan—. Me he casado con ella. La quiero.

—¿¿Cómo?!! —rugí—. Repíteme eso.

—Me he casado con ella —pronunció Jan, mansamente.

—¿¿Dios mío, no es posible!! —grité—. ¿Por qué?

—La encontré anoche. Ella iba conduciendo una pequeña motocicleta y se le estropeó. Yo se la arreglé. Me invitó a Simbow, donde vivía con sus padres. Por el camino... Bien. Descubrimos que estamos hechos el uno para el otro. Fuimos a Simbow y sus padres me trataron a cuerpo de rey. Hicieron una fiesta en mi honor. Nada de bebidas alcohólicas, sólo refrescos y esas cosas. Luego me preguntaron si

pensaba casarme con Nami. Por supuesto, yo no pensaba nada semejante, pero habían sido todos tan amables...

—¿Quieres decir que te has casado con ella sólo porque sus parientes fueron amables contigo? —exclamé, despavorido.

—No sólo por eso. La verdad es que la quiero, Frank. Estamos enamorados.

Abrumado por aquel inconveniente, di media vuelta y corrí a poner el asunto en conocimiento de Bob Grisby. Pero Bob estaba durmiéndola, de bruces sobre la larga mesa de la «biblioteca» de a bordo.

Le desperté, de todas formas. ¡Yo no podía compartir tanta responsabilidad! Y le expliqué como mejor pude el quebradero de cabeza que suponía el fulminante matrimonio de nuestro socio alemán con la guapa indígena.

Bob abrió un ojo, me miró fijamente y dijo:

—Sí. Verdaderamente, es un maldito embrollo.

Dejó caer la cabeza... y rompió a roncar.

¡Maldita sea, todos se habían vuelto lelos! Una noche pasada en blanco para encontrar una posibilidad de sacar a flote el condenado *Southsea Dragoon* y ahora...

Me fui a la cama y dormí durante seis horas. A las dos del mediodía, Jan y Nami me trajeron una bandeja con el almuerzo. Era una comida que Nami había preparado ex profeso para mí.

Pregunté por Grisby. Jan me dijo que nuestro socio había abandonado el barco a las once.

—En definitiva, ¿qué es lo que habéis acordado? —me preguntó Jan.

Traté de explicárselo, aunque tuve que utilizar un gran cuaderno de dibujo y varios bocetos para que él, por fin, captase, nuestro proyecto.

—¡Un batiscafo! ¡Tú deliras! —explotó Jan.

—Es posible hacerlo. Te convencerás —insistí.

—Está bien. Convénceme —respondió, estoico. Y se cruzó de brazos.

—Se trata de llegar al *Southsea Dragoon* con el batiscafo y amarrarlo —expliqué—. Es fácil hacerlo, pues los batiscafos disponen de brazos articulados para realizar esos trabajos.

—¿Y a partir de ahí? —preguntó Jan, receloso—. No serás tan loco como para esperar que nuestra draga pueda izarlo hasta la superficie.

—No, por supuesto. Bob y yo pensamos mucho en este problema y hemos ingeniado una solución: hinchar un conjunto de «pulmones» a cien metros de profundidad. A sí, poco a poco, el barco hundido alcanzará los cien metros, a cuya altura operaremos directamente en él para ponerlo a flote inyectándole oxígeno⁶.

—¡Eso es estúpido! —bramó Jan, decepcionado—. Jamás conseguiremos poner a flote el *Southsea Dragoon* con tan empíricos procedimientos. ¡Tendría que verlo para creerlo!

—Muy bien —respondí—. ¿Quieres acompañarme? Te lo demostraré.

Me siguió hasta un extremo de la biblioteca, donde se encontraba un acuario de regulares proporciones. Tomé un modelo a escala, muy pesado, del *Queen Mary* y lo deposité levemente en el fondo del recipiente de cristal lleno de agua. Lo tenía todo dispuesto, incluso una reproducción en madera del *Good Luck II*, que flotaba perfectamente.

Un sedal resistente unía al hundido *Queen Mary* con la reproducción de nuestro barco. Entonces abrí un cajón y saqué una caja de pelotas de ping-pong. Las pequeñas esferas de celuloide habían sido rodeadas de una delgada cinta adhesiva para sujetar el extremo de un fino anzuelo.

Ante la atenta mirada de Kernig, introduje en el agua una pelota y la sujeté al nudo del sedal que descendía hasta el prototipo hundido. El *Queen Mary* no se movió. Pero añadí otra pelotita de ping-pong. Y otra y otra... Cuando sujeté la sexta, el barco hundido se alzó de proa. Añadí otra pelota al conjunto y las bolas flotadoras comenzaron a subir con lentitud hasta alcanzar la superficie. El *Queen Mary* se bamboleó entre dos aguas.

—¿Comprendes ahora? —pregunté a mi camarada.

Jan movió la cabeza con lentitud, afirmativamente.

—Tal vez tengáis razón... aunque es posible que las condiciones no sean idénticas en un mar embravecido —respondió.

—Ya veremos —dije—. ¿Estás de acuerdo en que lo intentemos?

—¡Qué remedio! —respondió, encogiéndose de hombros y no muy convencido. Pero yo supe que habíamos ganado la partida.

* * *

Aquel muchacho, Tab Jeffries llevaba acosándome toda la semana. Era un mestizo de regular estatura, flexible y atlético, de largos brazos nudosos y sonrisa perenne. Su insistencia estaba dirigida a convencerme para que le enrolase en nuestro barco.

—No se arrepentirá, señor Cropoli —me lastimaba cada vez que me abordaba al bajar del buque—. En cuanto lleve dos días a bordo se convencerá de que soy imprescindible: sé desenvolverme en la cocina, servir la mesa, preparar cócteles, pescar, reparar motores eléctricos, instalar cables, remendar ropas... Ah, también sé poner inyecciones y curar heridas.

Le había repetido en una docena de ocasiones que la lista del *Good Luck II* estaba completa, que no necesitábamos a nadie. Pero, como he dicho, Tab me abordaba cada vez que descendía a tierra.

Aquella tarde, me encontraba en Aqab y la Ballena tomando una copa de vino y comenzaba a impacientarme. Grisby había prometido resolver el asunto del batiscafo aquella misma tarde. Sus procedimientos

solían ser siempre misteriosos hasta el exceso, pero en esta ocasión yo estaba al tanto de sus pasos: se proponía nada menos que obtener la colaboración de la Armada australiana en nuestra aventura. En efecto, la Armada contaba con dos excelentes batiscafos autónomos. Cómo iba a conseguir Bob que el almirante Galway nos cediese uno de ellos, era algo que yo no llegaba a comprender.

Finalmente se hizo de noche y Grisby no apareció. Abandoné el local donde le había esperado a lo largo de tres horas y salí a la calle. Allí estaba Tab Jeffries, que se aproximó a mí balanceándose sobre sus largas piernas.

—¿Lo ha pensado ya, capitán Cropoli? —lo de «capitán» era una argucia de Tab para camelarme—. No encontrará un marinero como yo en toda Australia. Puedo...

—¡Lo sé, lo sé! —le atajé con una sonrisa—. Y es posible que acabe cediendo... aunque sólo sea para colgarte de un mástil. Pero ahora tengo prisa, Tab: he de volver a bordo.

—¿No es aquél su coche? —exclamó, señalando el automóvil estacionado a cincuenta metros de distancia—. No se moleste, capitán. Yo se lo traeré —se ofreció amablemente.

Le tiré las llaves y él las atrapó diestramente. Enseguida se alejó hacia el coche.

Me gustaba aquel muchacho, siempre optimista y servicial. Y le hubiera empleado de buen grado de no ser porque nuestro *rol* estaba completo.

Le vi abrir la portezuela del coche e introducirse en él con agilidad. Transcurrieron tres segundos. Y entonces brotó una luz vivísima y restalló fragorosamente la explosión. La deflagración fue tan potente que la onda expansiva me arrojó a tres metros de distancia. Rodé por el suelo, atontado.

Cuando fui capaz de reaccionar, me puse en pie. De mi coche apenas quedaba una masa informe de chapas retorcidas, alrededor de la cual crepitaban fragmentos incandescentes.

Corrí hacia allá, enloquecido.

—¡Tab, Tab! —grité, horrorizado.

De Aqab y la Ballena brotó casi un centenar de personas que rodearon el lugar, curiosos.

Enseguida llegó un auto-patrulla de la policía y, poco después, los bomberos. Ni siquiera pude ver a Tab Jeffries. Es decir, lo que quedó de él. Los bomberos envolvieron sus restos en un pedazo de lona plastificada que poco después depositaron en una ambulancia.

La policía comenzó a interrogar a los testigos. Cuando se marchaban ya, retuve por un brazo a un corpulento sargento y le expliqué lo que había ocurrido. E policía era un hombre muy desconfiado y

pundonoroso y no me permitió volver al barco. Por el contrario, fuertemente vigilado, aunque no llegaron a esposarme, me condujeron a la comisaría.

Durante dos horas hube de repetir media docena de veces la misma historia. El comisario que me interrogó hizo unas cuantas llamadas telefónicas, pero no parecía decidido a soltarme.

Hacia las once de la noche, cuando comenzaba ya a temer un cargo por asesinato, se presentó Bob Grisby en la comisaría. Sonreía, dueño de sí mismo y domine enseguida la situación. Se había hecho acompañar por Glen Thompson, el gerente de la Lloyds de Londres en Australia.

Cuando Grisby estuvo al tanto de la situación, miró fijamente al comisario y dijo:

—Por lo que advierto, usted no comprende exactamente la situación, señor. Está reteniendo a mi socio, cuando en realidad la víctima es él. O mejor dicho: él debía ser la víctima. Mientras me esperaba en Aqab y la Ballena, alguien aprovechó el tiempo, sin duda, para colocar una carga de dinamita en su automóvil. Sólo el hecho fortuito de que ese pobre muchacho se ofreciera para traerle el coche salvó de una muerte cierta a mi socio, el señor Frank Cropoli.

Le agradecí con un gesto su magnífica defensa, expresada con el mejor acento de Oxford. Por lo demás, Thompson apoyó sus palabras y finalmente el comisario me dejó libre.

Juntos abandonamos la comisaría.

Planteé el asunto a mis compañeros, cuando nos dirigíamos hacia el puerto en el coche de Glen Thompson.

—Me gustaría saber *por qué* intentaron convertirme en pasta para salchichas. Más que la identidad de los responsables, desearía conocer el motivo que les impulsó a colocar un artefacto explosivo en mi coche — dije.

Thompson no supo qué responder.

Pero Grisby dijo:

—Es muy extraño. Imagino que... se equivocaron. Tú apenas conoces Sidney, Frank. Por otra parte, el coche que usabas era alquilado. Es posible que el atentado fuera dirigido contra la persona que lo utilizó antes que tú. Esa sería una explicación. La policía debería investigar en ese sentido.

Diez minutos más tarde, el automóvil se detenía en el muelle. A bordo, Jan Kernig nos aguardaba impaciente. Nos despedimos de Glen Thompson y su coche se alejó, mientras Bob y yo subíamos a bordo.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Jan, inquieto—. Empezaba a sospechar que os hubiera detenido la policía.

Bob me dirigió una mirada zumbona.

—Algo de eso ha ocurrido, aunque allí estaba el bueno de Robert

Grisby para poner las cosas en su lugar —exclamó—. Pero vayamos adentro. Ya te lo explicaremos todo.

Celebramos una especie de «consejo» en la biblioteca— salón-puesto de mando. Explicamos a Kernig lo sucedido y éste exclamó impetuosamente:

—No creo que se trate de un error. Hace unos días que vengo observando algo sospechoso.

—¿Qué?

—Un par de tipos deambulan por los muelles, muy cerca de aquí... y demuestran excesivo interés por nuestro barco —explicó—. He bajado en un par de ocasiones a tierra, pero esos tipos se apresuraron a escabullirse enseguida. Traman algo, lo presiento.

—Pienso igual que tú, Jan —respondió Grisby con toda tranquilidad.

—¿Cómo? —salté, furioso—. No dijiste lo mismo cuando veníamos hacia aquí...

—Queridos amigos, no quería poner sobre aviso al inteligente Thompson. Por la sencilla razón de que un informe suyo a Londres podría muy bien suponer la anulación de nuestro contrato con la Lloyds.

—¡No entiendo una palabra! —expresó gráficamente Kernig.

—Confieso que lo mismo me ocurre a mí —dije.

—Veréis: he observado que un hombre me seguía durante toda la tarde y a cualquier lugar que fuera. Era un tipo muy resbaladizo, inteligente y gran simulador, que sabía desaparecer a mi vista en cuanto yo me volvía. Pero ese individuo no conocía bien a Robert Grisby. En lugar de darle esquinazo, le permití todas las facilidades. En fin... por fortuna, llevé a cabo todas mis gestiones por teléfono. Visité a varios amigos en restaurantes, clubs y bares... Y en todas partes dije en voz suficientemente alta que el *Gold Luck II* no partiría de Sidney hasta dentro de una semana. Y, sin embargo, desatracaremos de madrugada.

—¿De madrugada?

—Sí. Recogeremos el batiscafo en un dique de la base naval, discretamente. Esto es lo aconsejable. Porque todo indica que alguien está verdaderamente interesado en que el *Southsea Dragoon* siga en el fondo del mar por los siglos de los siglos.

Capítulo VI

LA marcha quedó decidida poco después. Como Grisby había dicho, lo más razonable era alejarse de Sidney cuanto antes.

No había ningún impedimento: teníamos en nuestro poder todos los permisos necesarios y contábamos con lo más importante: el batiscafo.

En cuanto a la tripulación, Bob conocía uno por uno a los marineros. De modo que les avisó telefónicamente (habíamos enganchado el teléfono nada más atracar) y les dio el encargo de que fueran subiendo a bordo discretamente y de uno en uno.

En cuanto supe que abandonaríamos Sidney de madrugada, comencé a madurar un plan: deshacerme de Nami Napritri, la flamante esposa de mi amigo Jan.

Me dolía hacer esto con Jan, pero me decidí a hacerlo por el bien de todos, incluida la propia muchacha australiana. Desde luego, Jan lo consideraría una jugada rastrera. Yo estaba seguro de que cuando —ya en alta mar— Jan descubriese que Nami no estaba a bordo, mi integridad física correría un gran riesgo, pero esperaba convencerle de que sólo lo había hecho de una forma altruista.

Los marineros fueron llegando gradualmente a bordo, sin llamar la atención. Todo estaba dispuesto para abandonar el puerto, atracar en Barracks Point y cargar el batiscafo sobre la cubierta de proa. Después, pondríamos rumbo nordeste y ganaríamos el mar abierto.

Salí al pasillo silenciosamente y golpeé con los nudillos la puerta del camarote de Jan.

Nami me abrió enseguida. Había una pequeña lámpara encendida, pero Jan dormía profundamente, despatarrado sobre la litera que apenas daba de sí para contener su enorme corpachón.

Hice un gesto a la muchacha y ella me siguió al pasillo.

—He estado pensando en ello, Nami —dije, con la mejor de mis sonrisas—. A Jan no se le ha ocurrido, pero imagino que aprobará mi decisión. Ten.

Tomó tímidamente el dinero que le ofrecía: cuatrocientos dólares.

—Es un pequeño presente para tus parientes. Un regalo en nombre de Jan. Ve a llevárselo, tendrán una alegría. Me he permitido llamar un taxi. El coche te está aguardando en el muelle. Sin embargo, no debes perder el tiempo. Vuelve pronto, pues probablemente partiremos hacia

el amanecer.

Me dirigió una sonrisa incierta.

Me miraba fijamente a través de aquellos ojos almendrados, tan negros, sin sombra de malicia.

—Anda, ve —la animé.

Nami dirigió una rápida y vacilante mirada hacia la puerta del camarote de Jan, pero yo la empujé hacia la cubierta y ella se plegó, obediente.

Descendí con ella la escalerilla y la acompañé hasta el taxi, que aguardaba, con las luces apagadas, a unos metros de distancia.

Cuando el coche se alejó, dejé escapar un suspiro de alivio. Al fin había resuelto aquel problema...

No experimentaba ningún remordimiento. Si Jan no se olvidaba de su bella y diminuta australiana pasados los días, volvería a encontrarla cuando tornásemos a atracar en Sidney... Era muy posible que Nami soltase unas lagrimitas y que Jan se emborrachase como un filibustero durante los primeros días, pero finalmente se consolaría con la esperanza del reencuentro.

Bajé a la biblioteca. Allí estaba «sir» Grisby, un poco borracho, y dedicado al juego de sacar del fondo del acuario a la réplica del *Queen Mary*.

—Ni un solo fallo, mi querido amigo —farfulló con voz estropajosa—. Sería difícil hallar un par de cerebros como los nuestros. Verdaderamente, me siento orgulloso de ti, Frank. En realidad, la idea es más tuya que mía, aunque fui yo quien la perfeccionó. ¡Sacaremos al *Southsea Dragoon* de los dominios de Neptuno!

Abrí un bargeño, descorché una botella de jerez y me dejé caer sobre una solía.

—Acércate, Nelson —le llamé—. Sécate las manos y ven conmigo. Tenemos que hablar.

Poco después se derrumbaba a mi lado.

—¿De qué se trata, mi querido Drake? —gangoseó, lanzándome al rostro una tufarada de ginebra.

—Dijiste que alguien parecía interesado en que el *Southsea Dragoon* permaneciera en el fondo del mar para siempre. ¿Tienes alguna idea al respecto? —le pregunté.

Negó violentamente con la cabeza.

—Mi costumbre es relegar las ideas a un rincón... cuando bebo —respondió.

Me impacienté.

—No estamos en la Cámara de los Lores, milord —afirmé—. Estamos embarcados en una aventura azarosa y... peligrosa. ¿De veras no tienes alguna idea? Me refiero a los motivos que pueda tener alguien para

evitar que rescatemos esa motonave...

Hizo un esfuerzo por fijar la vista, se atizó un trago de ginebra helada y me miró de soslayo.

—Querido Drake, me obligas a pensar... Veamos... Tal vez, el hundimiento del *Southsea Dragoon* oculta un fraude. No lo sé. Ya lo sabremos —respondió. Y se quedó dormido.

Diez minutos después, se abrió la puerta con gran estruendo. En el hueco, con la espalda encorvada, estaba Jan Kernig que me lanzó una mirada con terrible fijeza.

«Ya estalló la galerna», pensé. Y me dispuse a lo peor.

Estupefacto, advertí que sus ojos estaban húmedos de lágrimas.

—¡Nunca lo olvidaré, Frank, *mein Freund*!, nunca podré olvidarlo! —exclamó, emocionado. Me tenía asido por los hombros y me estrujaba con tanta fuerza que mis huesos crujieron—. ¡Yo me había olvidado de sus parientes, pero tú... qué gran detalle, Frank! ¡Propio de tu generoso corazón!

¿A qué se refería?

Lo supe un segundo después, cuando logré zafarme del abrazo de aquel oso rubio y... vi a Nami en la puerta.

Fue un chasco terrible. Así que ella había tenido tiempo suficiente para volver a bordo antes de que zarpásemos...

—¡Un regalo para los parientes de mi esposa! —clamaba Jan, enternecido como un becerro—. ¡Qué gran rasgo por tu parte, querido Frank!

No dejaba de lloriquear profundamente afectado por mi «delicadeza» para con los parientes de Nami. De todas formas, me las arreglé para arrastrarle hasta su camarote y dejarle caer en su litera. Un momento después, Jan roncaba estrepitosamente.

Sin demostrar mi despecho, tomé a la australiana por un brazo y la introduje en la biblioteca.

—Ya veo que el viaje a Simbow fue más que rápido —le dije.

—¡Oh, no fui a Simbow! —respondió ella, ingenua—. El taxi me llevó hasta la casa de Kono Koprani, un primo mío que vive a un kilómetro de aquí. Le entregué a él el dinero. Kono lo hará llegar a los míos. ¡No podía arriesgarme a dejar solo a Jan...!

Me mordí los labios, lleno de furia. De algún modo, con Nami había encontrado la horma de mi zapato. Y lo peor era que ya no podía intentarlo por segunda vez. Jan se espabiló enseguida y se reunió con nosotros.

Por otra parte, las máquinas de nuestro buque estaban calentándose ya, próxima la partida. Poco después, con el mayor silencio posible y auxiliados por un remolcador, la *Good Luck II* se separaba del muelle y nos dejaba orientados hacia la bocana del puerto.

A las dos y media de la madrugada atracábamos en Barracks Point. Los marinos que nos aguardaban allí, hicieron descender el batiscafo, pendiente de una grúa. Para mayor sigilo, había sido envuelto en lonas que disfrazaban su aspecto exterior, aunque aquel bulto era de discretas dimensiones: metro y medio de altura máxima, por cuatro de eslora y dos de manga.

Una vez asegurado el *DF-003* sobre la cubierta de proa, el remolcador que nos había seguido hasta Barracks Point nos separó del muelle y el *Good Luck II* se hizo a la mar en mitad de la noche.

Fui al puente. Grisby se había despabilado y se comunicaba por radio con la comandancia de Marina para recibir instrucciones.

Jan estaba en el timón. Aunque había bebido como un tonel, se mantenía enhiesto, seguro de sí mismo.

—¿Sabes, socio? —me dijo cuándo me aproximé a él—. Estuve pensando en lo que me dijiste respecto a Nami.

—¿A qué te refieres? —pregunté, desorientado.

—Al peligro que pudiera suponer la presencia a bordo de Nami. No creo que exista tal peligro —respondió.

—Muy seguro pareces tú —dije.

Sonrió.

—Ya lo creo. No dudaría en retorcer el cuello al primero que se atreviera a poner sus manos sobre mi esposa. ¿Puede haber mayor seguridad? —exclamó, con sencillez.

Capítulo VII

DURANTE aquellos tres días de navegación, el estado del mar nos obligó a todos a bregar de firme. Pero súbitamente, cuando nos aproximábamos a nuestro punto de destino, el panorama se aclaró y sucedió la calma.

El sonar que habíamos instalado a bordo y la sonda electrónica —nuestra última y sofisticada adquisición— coincidieron, tras llevar a cabo las escrupulosas mediciones: la profundidad en aquel lugar era de cuatrocientos setenta metros.

Esto suponía una buena noticia, pues habíamos temido encontrarnos con una profundidad aún mayor.

Cuando momentos después salíamos a cubierta, un marinero extendió un brazo en un ademán nervioso y gritó:

—¡Tiburones!

Escrutamos con atención la superficie marina. En efecto, a unos trescientos metros distinguimos las airosas aletas dorsales de cinco o seis escualos.

Naturalmente, esto suponía un inconveniente.

Sin embargo, y aunque estuvimos atentos a la presencia de los tiburones en las proximidades de nuestra draga, no volvimos a verlos en varios días.

Nuestro primer objetivo era fijar el punto exacto —más o menos— del hundimiento del *Southsea Dragoon*. Como era imposible echar el ancla a cuatrocientos setenta metros de profundidad y era de esperar que el *Good Luck II* se desplazase del lugar a impulsos del oleaje, resultaba imprescindible señalar el lugar de operaciones con una sonda-boya.

Esto era competencia de Kernig, verdadero experto en la materia. Después de comprobar la posición minuciosamente, él y sus marineros dejaron caer lentamente una pesada boya de plomo al mar.

No se trataba de un simple pedazo de metal de unos cien kilos de peso, a cuyo extremo iba atado un grueso y resistente cable de nylon. La sonda incluía, además, un ingenio electrónico de sonar capaz de explorar el fondo marino y detectar los movimientos y magnitudes de las corrientes submarinas. La información que enviaba a la superficie permitió a Jan calcular la deriva de la boya flotante y también esbozar

un perfil del fondo del mar en aquel lugar.

En cuanto Kernig hubo diseñado sus dibujos, vino corriendo a mostrárnoslos. Parecía muy excitado.

—Tal vez tengamos suerte —dijo, conteniendo su respiración—. ¿Veis ese pequeño promontorio sobre el fondo liso? Podría tratarse del *Southsea Dragoon*, aunque... podría ser eso: un simple promontorio.

Con todo, nos sentíamos tan excitados, que de buena gana hubiéramos emprendido el descenso en el batiscafo *DF-003* en aquel mismo momento.

Pero ésta era una de nuestras pegas: ninguno de nosotros habíamos manejado jamás uno de aquellosartilugios, capaces de sumergirse a más de mil metros y operar allá abajo por sí mismo.

¿Cómo había conseguido, entonces, Grisby que las autoridades de la Armada nos cediesen temporalmente un aparato como aquél, que valía más de un millón de dólares?

—Tal vez, los de la Armada no lo dominan aún —pensé—. Quizá nos están utilizando como conejillos de Indias. ¿Quién nos puede asegurar que volveremos a la superficie cuando nos encontremos allá abajo?

Tomé a Grisby por un brazo y le llevé aparte. Le planteé directamente el problema.

—No puedo explicarme cómo accedieron a dejarte el *DF-003*. Ya sé que tú tienes instrucciones específicas del funcionamiento y gobierno de ese artilugio, pero me extraña que nos prestaran tan fácilmente algo que posee no tanto valor económico como estratégico. ¿Cómo pueden ser tan confiados? No puedo ocultarte que me siento muy preocupado.

Sonrió.

—Le dije que el sargento Frank Cropoli había manejado un batiscafo en el rescate del submarino atómico *Poliphemus*, hundido a 1.600 metros en el Pacífico, hace cuatro años. Eso les convenció.

—¿Sargento? ¿Yo? —chillé—. Deben ser imbéciles para tragarse ese cuento.

—No creas que son tan tontos, querido amigo —respondió, impasible—. Antes de cedernos su cascarón sumergible, se informaron cumplidamente. Se pusieron en comunicación con el almirante Doug Ferguson, de la U.S. Navy, Departamento de Misiones Especiales. Le dijeron que un sargento, en efecto, había ayudado decisivamente a poner a flote el costoso submarino atómico. El sargento Frank Krapuli. Ellos entendieron Cropoli... pero yo ya lo había previsto —terminó, sarcástico.

Estuve a punto de estrangularle, pero me limité a lanzar una estentórea carcajada que Grisby coreó de buen grado.

En fin. Era preciso estudiar escrupulosamente la mecánica del *DF-003*, aprender su descripción y funcionamiento con toda

minuciosidad.

Todo esto no nos llevó menos de tres largas jornadas. Bob, Jan y yo nos aprendimos el libro de instrucciones de la A a la Z. Después revisamos los impulsores a baterías, la radio, los circuitos eléctricos...

Sólo dos hombres podían ir a bordo del batiscafo, de modo que lo echamos a suerte. Y la suerte nos favoreció a Jan y a mí.

Ante la expectación de todos, penetramos en el sumergible. Poco después, Jan cerraba la escotilla y el *DF-003* se hundía como un plomo hasta alcanzar los ciento treinta metros de profundidad.

—¡Es... es fabuloso! —exclamó Kernig, excitado—. Hasta un niño podría manejar este cacharro. ¡Se puede dirigir con un dedo!

Tenía razón. El sumergible era maniobrero, suave, estable, sumamente manejable. Tanto que incluso sentí la tentación de seguir descendiendo, pero la sensatez se impuso y comenzamos a ascender lentamente, siguiendo el cable de la sonda a unos ocho metros de distancia.

Cuando el *DF-030* flotó sobre la superficie y nosotros salimos por la escotilla superior, los marineros —con Grisby a la cabeza— prorrumpieron en un estentóreo «¡hurra!».

Bob me relevó poco después. Viendo cómo se hundía el batiscafo en la densa profundidad azul, sentí una extraña emoción.

Media hora después, los teníamos en la amura de babor, tan frescos y satisfechos que esa misma tarde nos bebimos una considerable cantidad de alcohol.

Pero a la mañana siguiente, tras los goces de la pequeña fiesta anterior, nos deparó una sorpresa desagradable: la boyas que señalaba la posición hipotética del *Southsea Dragoon* había desaparecido.

Barbotando entre dientes, Jan hizo las mediciones y comprobó que el buque apenas se había desplazado unos metros de la posición que ocupaba el día anterior. ¿Qué había ocurrido, pues, con la boyas?

—Los tiburones, tal vez —opinó flemáticamente Bob

Grisby—. Si sus dientes pueden cortar fácilmente el muslo de un hombre, ¿por qué no un simple cable de nylon?

—No se trata de los tiburones —gruñó Jan, entre dientes. Su mal humor era ostensible: sus labios temblaban—. Frank y yo hemos utilizado ese cable en el Caribe y en Hawaii, mares verdaderamente infestados de tiburones, y nunca lo tocaron. La trama de ese tipo de cable está tratada de modo especial, de modo que los tiburones *no pueden verlo*. ¡No, no son los tiburones! Debe haber otra explicación.

Decidimos botar al agua el batiscafo.

Esta vez descendimos Jan y yo. A los pocos minutos y a escasa profundidad —apenas doce metros— descubrimos el cable de la sonda. Milagrosamente y gracias a la previsión de Kernig, que había tenido la

precaución de prender pequeños flotadores en el cable a lo largo de los primeros cincuenta metros.

Subimos inmediatamente y el *DF-003* quedó flotando a babor. Jan y yo nos enfundamos en nuestros trajes de inmersión y volvimos a zambullirnos, llevando un largo rollo de cable.

Ya abajo, estudiamos con atención el extremo del cabo de la boya hundida a casi quinientos metros. El corte era tan limpio y liso que enseguida sospechamos que había sido cortado con un cuchillo fuerte y afilado.

Pero ¿quién era el culpable?

Bob Grisby respondía por los marineros que él mismo había contratado. De todas formas, la sospecha de que teníamos un saboteador a bordo fue abriéndose por mi mente.

¿Cómo, si no, explicar aquel percance?

Cuando subimos a bordo, mantuvimos una conversación secreta con Bob Grisby. Antes de que el encorajinado Jan Kernig pronunciase la primera palabra, Bob se puso a la defensiva.

—Sé por qué me habéis traído aquí —estábamos en la bodega—. Pero os aseguro que podéis fiaros de los marineros que os traje. Les conozco uno a uno, personalmente, y salgo fiador de ellos.

—¡Ah, ya veo! —gritó Jan, ferozmente—. ¡Ya no piensas que los tiburones pudieron cortar el cable a dentelladas!

—Frank me ha explicado que el corte era Uso, propio de un cuchillo. Y ello me obliga a pensar en un atentado.

—¡Inteligente deducción! —barbotó Kernig, furioso—. Ya que tú respondes por los marineros, y supongo que por ti mismo, ¿puedes decirnos quién cortó el cable de la sonda?

Por primera vez, Grisby vaciló. Giró, se aproximó al ojo de buey más próximo —caminando y conversando agitadamente habíamos llegado hasta la biblioteca— y estuvo mirando a través de la abertura, mientras Jan, próximo, jadeaba con fuerza.

De pronto, se volvió, abrió un cajón del bargueño y tomó unos prismáticos. Rápidamente volvió al ojo de buey, graduó el alcance de los prismáticos y miró con ansiedad. Luego se volvió a nosotros con una sonrisa indefinible.

—Quizá «eso» pueda daros una explicación —dijo. Y me tendió los prismáticos.

«Eso» era un pesquero de unos treinta metros de eslora que se balanceaba en el confín del horizonte.

Jan me arrancó los anteojos de un manotazo y miró con ansiedad. Murmuró algo entre dientes y se volvió hacia nosotros, muy excitado.

—Así que tú piensas que fueron «ellos» —dijo Grisby.

—Sacad las conclusiones que queráis. Vuelvo a aseguraros que los

marineros que traje aquí son de confianza —respondió.

—Bob tiene razón —intervine—. Esos tipos debieron acercarse en un bote, por la noche. Uno o dos buceadores se sumergieron y cortaron el cable. Esa debe ser la explicación.

Bob dejó escapar una risita de conejo.

—Ya os dije que había alguien empeinado en mantener el Southsea Dragoon en el fondo del mar del Coral. Supongo que deberemos montar una guardia nocturna para evitar que vuelvan a cortar el cable.

—¡Y algo más que eso! —bramé rabioso—. Tenemos una ametralladora bien escondida. Si esos piratas aparecen por aquí, se llevarán una buena sorpresa.

Capítulo VIII

PROSEGUIMOS los experimentos con el sumergible. Esa mañana, mientras Jan Kernig montaba guardia en el puente con una metralleta escondida bajo unas lonas, Grisby y yo descendimos hasta doscientos metros de profundidad.

El sonar instalado en el DF-003 registró una elevación en el fondo del mar de unos catorce metros. Las dimensiones correspondían exactamente al promontorio que Jan había registrado unos días antes.

A Bob le relucieron los ojos de pura excitación.

—¡Está ahí! ¡Lo tenemos a nuestro alcance! ¡Doscientos metros más y...! —exclamó.

Por él, hubiéramos descendido en aquel mismo momento hasta el fondo del mar, donde, presumiblemente, deberíamos encontrar el valioso cargamento del Southsea Dragoon.

Sin embargo, por encima de todo contaba la seguridad. Era preciso seguir experimentando con el batiscafo antes de descender a casi quinientos metros de profundidad.

—Mañana —dije a Grisby. Y emergimos.

Naturalmente, la excitación se apoderó de nosotros. Para celebrarlo, Jan se bebió veinte botellas de cerveza, Grisby terminó una de ginebra y yo me contenté con terminar otra de Chianti tinto.

Entretanto, acordamos todos los pormenores de la operación de enganche al casco del barco hundido. Decidimos utilizar cuatro gruesos cables de resistente acero, los cuales se engancharían de la siguiente forma en el casco del Southsea Dragoon; uno en la proa, otro en la popa y los dos restantes en los costados de babor y estribor respectivamente.

Por supuesto, acordamos montar una vigilancia continua aquella noche. Dispusimos dos grandes reflectores elevados, montamos la ametralladora sobre la cubierta de proa y Jan se hizo cargo de la primera guardia, auxiliado por el timonel. (Bob relevaría a Jan con otro marinero y yo realizaría la tercera guardia, con otro miembro de la tripulación.)

Cuando se hizo de noche, salí a fumar un cigarrillo a la cubierta. Llevaba los prismáticos colgados del cuello y, como la noche era estrellada, muy clara, atisé con cierta ansiedad hacia el este, donde aquella misma mañana habíamos descubierto un pesquero que

permanecía al paio.

Ni vi ninguna luz de situación, ni pude situar al barco sospechoso en medio de la noche. Al cabo, terminé mi cigarrillo y me fui a la cama.

Dos horas después desperté bruscamente al escuchar aquel alarido estremecedor.

Al principio, imaginé que aquel grito no era real, sino que procedía, simplemente, de alguna pesadilla. Pero cuando me puse en pie, advertí el fulgor rojizo que penetraba a través del ojo de buey.

La visión que se me ofreció a continuación me dejó helado de espanto: la cubierta entera estaba invadida por grandes llamaradas que prendían rápidamente en el maderamen.

Alguien saltó por encima de la chalupa. Un hombre en llamas que gritaba desesperadamente, se lanzó por encima de la borda y cayó al agua.

Pensé inmediatamente en Jan. No me pregunté qué había provocado aquel pavoroso incendio, sólo pensé en mi amigo:

Y grité como un energúmeno:

—¡¡Jan!! ¡¡JAAAN!!

Grisby y los marineros subían ya la escalera. Uno de ellos me empujó tan violentamente que me derribó y caí rodando sobre cubierta. Tan violentamente que fui a parar a las llamas y mi nariz se impregnó del hedor de mis propios cabellos quemados.

Alguien me agarró por un brazo y me sacó de allí de un brutal empujón.

Era Bob Grisby, que en unos instantes consiguió apagar mis ropas golpeándome con una de sus mugrientas chaquetas.

—Parece que tenemos una bonita fogata —dijo con toda la flema del mundo.

Me enfurecí.

—¿Dónde está Jan?

—Calma, calma —respondió, sin alterarse—. Acabo de verle a popa, manejando la manguera de un extintor

Mi violento resuello arrancó pavesas del rostro de Bob.

—¡Vamos allá! —grité.

Corrimos hacia popa, mientras cuatro miembros de la tripulación se afanaban en sacar del agua al marinero que acababa de saltar al mar envuelto en llamas.

En la popa, Jan luchaba como un titán contra las enormes llamas que invadían aquella zona y parte del costado de babor.

Sin perder tiempo, Bob y yo arrastramos un gran tanque extintor hacia proa y lanzamos un chorro de espuma contra las llamas que devoraban ya la chalupa y ennegrecían las maderas de la cubierta.

Entretanto, los marineros izaban el cuerpo de Habell. Sólo lo vi un momento: sus ropas se habían quemado casi por completo y sus facciones ennegrecidas eran irreconocibles. Lo supe al primer vistazo: aquel hombre acababa de morir.

Pero no podíamos detenernos. Comencé a gritar, a ordenar a la tripulación que buscasen extintores en las distintas dependencias del barco y luchasen contra el fuego.

Diez minutos después, el incendio estaba dominado. Cierto que todos estábamos chamuscados y tiznados, pero el fuego se extinguió.

Todavía jadeante, Jan se acercó a nosotros.

—¿Qué pasó, Jan? ¿Cómo se produjo el fuego? —pregunté, lleno de desesperación.

Kernig dirigió una larga y tensa mirada al DF-003, cuyas lonas de camuflaje se habían quemado y retorcido, pero el batiscafo parecía indemne.

—¿El fuego? —gruñó roncamente—. No se produjo, amigos míos: nos han rociado con un lanzallamas.

Bob enarcó una ceja. Yo me atraganté.

—¡¿Un lanzallamas?!! —grité, descompuesto, imaginando que se trataba de una broma fuera de lugar.

—Sí, un lanzallamas, aunque os cueste creerlo. Habell y yo conversábamos en el puente, detrás del timón. Fumábamos los dos, pero habíamos apagado las luces de la cabina, aunque manteníamos encendidas las luces de posición de a bordo. Quizá debimos montar guardia en el exterior... Bien, charlábamos en voz baja, cuando creí escuchar un tap-tap sospechoso. Hice callar a Habell y salimos fuera. Fue en ese momento cuando surgió la llamarada. Pude ver el barco. Un pesquero de treinta metros de eslora. Habían montado una especie de lanzallamas a proa y un gran arco ígneo estaba rociando todo nuestro costado de estribor. El chorro alcanzó de lleno a Habell...

Jan se atragantó. Inspiró profundamente y continuó:

—Fue algo horrible. Habell, convertido en una antorcha humana, chillaba y saltaba a mí alrededor y yo nada podía hacer por él, pues el chorro de fuego se volvió hacia mí y me vi obligado a retroceder para evitar morir achicharrado vivo. Caí a la cubierta inferior, me golpeé, juré entre dientes... Entretanto, desde el barco agresor, el lanzallamas seguía regando fuego líquido por la cubierta. Habell chillaba de un modo horripilante. Luego, cuando yo ascendía, le vi saltar por encima de la chalupa y ascender. Y ahora...

Se le quebró la voz cuando buscó con la mirada el cuerpo de Habell, que yacía sobre la cubierta inmóvil y absolutamente desfigurado por las quemaduras.

Por un momento, todos permanecemos en silencio, profundamente

impresionados por la tragedia.

En aquel momento, Nami ascendía a la cubierta de proa. A juzgar por su expresión de intenso desconcierto, no se había enterado de nada de cuanto acababa de ocurrir a bordo. Pero vio ahora el cuerpo de Habell retorcido y abrasado y a nosotros mismos, con los rostros tiznados y los cabellos chamuscados y su rostro se crispó en un rictus de horror. Al fin, dejó escapar un gemido, mitad de angustia, mitad de regocijada sorpresa al ver a Jan indemne y corrió a cobijarse entre sus largos brazos.

Estábamos aún así, demudados e incapaces de reaccionar, cuando escuché aquel tap tap que ascendía de volumen progresivamente.

—¡Los del lanzallamas! —rugió Kernig. Y separó bruscamente de sí a la muchacha australiana, y le gritó—: ¡Vete abajo y enciértrate en el camarote! —y corrió enloquecido hacia uno de los focos elevados.

Todo su interés en aquellos momentos era obtener luz clara y potente con el fin de situar entre las densas sombras al barco agresor que, indudablemente, volvía a rematar su criminal atentado.

Pero el fuego había prendido en los conductores eléctricos y achicharrado la conducción, de forma que la luz no lució.

Al débil resplandor amarillento que provenía de la cabina del timonel, Bob Grisby y yo cambiamos una urgente mirada.

—La ametralladora —pronunció Bob, sin descomponerse.

Como de común acuerdo, ambos saltamos en una rápida y corta carrera hacia la cubierta de proa, en cuyo punto más prominente, Jan y yo habíamos montado la ametralladora.

Milagrosamente, el fuego no había llegado hasta allí, aunque los metales de la máquina abrasaron mis dedos cuando la tomé. Bob, como un perfecto proveedor, abrió una caja de municiones y colocó un largo cargador automático en el brocal de carga.

Aguardamos en tensión. El mar se nos ofrecía como una insondable mancha de tinta china y no disponíamos de focos con que iluminar la zona de donde brotaba el sospechoso tap tap.

¿Qué iba a ocurrir? Probablemente, los del pesquero agresor volvían para rociarnos nuevamente de fuego líquido.

Apenas podía dominar mis nervios mientras aguardaba allí, asido tensamente al disparador de la ametralladora. Bob, en cuclillas, esperaba también a que la situación hiciera crisis de un momento a otro.

Y ocurrió lo que tenía que ocurrir. En medio de la oscuridad surgió un resplandor vivo, anaranjado. ¡La ignición del lanzallamas!

Moví la máquina, apunté y comencé a disparar. Las balas trazadoras dejaron un corto reguero de rayitas luminosas en pos de sí, marcando con una brillante línea punteada el espacio que separaba a nuestro buque del pesquero que volvía a atacarnos.

La llama se apagó inmediatamente, pero yo seguí disparando hasta que los sesenta cartuchos del cargador se agotaron. Inmediatamente, Bob lo cambió por otro y volví a disparar, ahora a ciegas, pues no tenía ningún punto de referencia para alcanzar el blanco.

Dejé de oprimir el disparador y esperé. El tap tap se hizo más intenso, pero irnos segundos después se alejaba hasta desaparecer por completo. ¡Los agresores habían optado por marcharse!

Sin embargo, no dormimos ya en lo que restaba de noche. Bob bajó a la cabina de comunicaciones y envió un radiomensaje al Estado Mayor de la Armada, para dar cuenta del atentado sufrido y pedir instrucciones.

—Diríjanse a la Base Naval de Pinchee, en la isla Willis. La policía militar se hará cargo del cadáver de Edward Habell y ustedes podrán reparar las averías de a bordo. Naturalmente, no podrán abandonar el puerto hasta que las autoridades de la Armada hayan terminado las diligencias del caso —nos ordenaron.

Jan maldecía y maldecía entre dientes.

—Sabía que este asunto no resultaría —mascullaba a cada momento, machaconamente—. ¡Estaba seguro de que este negocio nos traería mala suerte!

Por supuesto, la interrupción de nuestros trabajos suponía para nosotros nuevos gastos, derivados de las reparaciones a practicar en nuestro buque y del aplazamiento en la consecución de nuestros fines: sacar a flote el Southsea Dragoon, por supuesto.

Cuando las primeras luces del amanecer iluminaron al barco, la visión que se ofreció a nuestros ojos fue tan deprimente que nos sentimos descorazonados. El Good Luck II parecía regresar de un dantesco combate naval: las maderas de la cubierta aparecían parcialmente carbonizadas, ennegrecidas, la pintura del casco había saltado a rodales, formando unas ampollas de color grisáceo, algunos cristales de la cabina del puente habían estallado y todo estaba sucio, tizado y quemado.

Sin embargo, sacamos fuerza de flaqueza para disponernos a comenzar las maniobras necesarias para emprender el viaje hasta el puerto de Pinchee, en la isla Willis. Lo primero que hicimos fue izar el DF-003. Por fortuna, la tarde anterior habíamos dejado el batiscafo a flote, atado a la amura de babor, por lo que el sumergible no había sufrido desperfectos.

Firmemente sujeto en la cubierta de proa, el DF-003 fue velado con una gran lona.

Las máquinas del buque trepidaban ya abajo. Media hora más tarde, el Good Luck II se ponía en movimiento, proa al nordeste.

En lugar de rescatar nuestra valiosa sonda electrónica, nos habíamos

limitado a sumergir la boya unos cuantos metros. Prudentemente, Jan adhirió una pequeña bolsita a la boya antes de que subiéramos a bordo.

La bolsita contenía un líquido colorante semejante al utilizado por los paracaidistas en la Segunda Guerra Mundial para protegerse de los tiburones⁸. Este líquido se iría expandiendo lentamente y emergiendo a la superficie, de modo que, aunque no pudiera ser visible a cierta distancia, nos serviría a nosotros para encontrar la boya, a nuestra vuelta.

A las ocho de la mañana y mientras el buque navegaba a buena velocidad hacia Pinchee, Jan, Bob y yo nos reunimos en la biblioteca.

Mientras tomábamos un té caliente, Jan puso el problema sobre el tapete.

—Estuvimos a punto de morir. Todos —dijo, con expresión sombría y reconcentrada—. Si Habell y yo no hubiéramos permanecido atentos, si nos hubiese rendido el sueño... No quiero pensarlo, pero cuando hubiéramos podido reaccionar, el buque se habría convertido en una inmensa hoguera. Probablemente... pereceríamos todos achicharrados, sin posibilidad de escapar.

Bob, que normalmente se tomaba las cosas con su conocida flema, también se sentía furioso.

—Ha sido una experiencia horrible. Un atentado criminal, injustificable —opinó, ceñudo.

—¿Por qué tendrán tanto interés en alejarnos de esa zona? —me pregunté yo, en voz alta—. Incluso si fuera verdad nuestra sospecha de que el naufragio del Southsea Dragoon oculta un fraude a la empresa Lloyds de Londres, no estarían justificados los dos salvajes atentados de que hemos sido objetos. ¡Debe haber algo más! Pero ¿qué?

—Trataré de averiguar algo en Pinchee. Utilizaré la radio y me pondré en contacto con Glen Thompson, nuestro hombre en Sidney. Estoy seguro de que Thompson averiguará algo en relación con el naufragio del Southsea Dragoon —dijo Grisby.

Nos miró de hito en hito a Jan y a mí y añadió:

—Aunque tal vez vosotros dos opinéis que lo más sensato sería abandonar este asunto, dadas las circunstancias...

Kernig y yo nos consultamos con la mirada.

—Seguiremos adelante —decidí por los dos—. Todo parece tan misterioso que, aunque hemos estado a punto de morir (y quizá esto no sea sino el principio de una ofensiva de proporciones incalculables), me siento profundamente atraído por resolver el enigma. ¿Qué piensas tú, Jan?

—Lo que tú decidas está bien —respondió mi socio. Y no hablamos más.

Capítulo IX

AACABÁBAMOS de enterrar a Ed Habell. Realizadas algunas averiguaciones por la autoridad naval, supimos que Habell no tenía parientes conocidos, de modo que nos hicimos con la responsabilidad de darle sepultura en un bosquecillo de cocoteros a las afueras de Pinchee. Era un lugar muy agradable, apacible y lleno de encanto. El infeliz Habell —un aventurero, como nosotros— reposaría tranquilamente en aquel bello paraje hasta el fin de los tiempos.

Entretanto, se habían llevado a cabo todas las actuaciones del juzgado naval. Tuvimos que soportar largas horas de interrogatorios durante la encuesta preliminar, pero finalmente nos concedieron licencia para partir en cuanto se hubieran llevado a cabo las reparaciones necesarias en nuestro buque.

En relación con Habell, la segunda tarde de estancia en Pinchee, recibí la visita de un nativo, que me traía un recado de parte del médico de Pinchee.

—¿Es usted el señor Frank Cropoli? —preguntó. Y yo asentí. El muchacho añadió—: Doc Wellman necesita hablar con usted. Si está de acuerdo, yo mismo le guiaré hasta su vivienda.

Doc Wellman vivía en una casa de ladrillo y madera erigida en una colina poblada de airosos cocoteros.

Y lo que más me sorprendió: Doc Wellman era... una preciosa mujer de veinticuatro años. Tenía una corta melenita rubio oscura, unos ojos grises y claros muy bellos y unas dimensiones anatómicas dominadas por la proporción.

No voy a describir aquí la sorpresa que me llevé. Sin embargo, es cierto que resultó una sorpresa muy agradable.

Su casa —anexa a la consulta-hospital— tenía ese «toque» femenino tan agradable para hombres que, como yo, se pasan la mitad de su vida lejos de las mujeres.

Se mostró muy amable. Mientras me servía una bebida refrescante, advertí que ella me contemplaba de reojo, con una insistencia que me resultó agradable.

—El capitán de navío Goldway me dio tres nombres: Jan Kernig, Bob Grisby y Frank Cropoli —dijo, cuando nos sentamos—, pero yo le escogí a usted al saber que era un compatriota.

—Así que es norteamericana, doctora Wellman.

—Sí. Pero no me llame «doctora Wellman», por favor. Abee será suficiente: es mi nombre propio. Bien... Le llamé para ponerles al corriente del resultado de la autopsia de Edward Habell...

—¿Qué ocurre?

—Nada importante. Sabemos la causa de su muerte: las tremendas quemaduras sufridas a bordo del Good Luck II. Sin embargo, descubrí que Habell estaba condenado a morir irremisiblemente en fecha próxima. Encontré sus pulmones prácticamente cubiertos de quistes cancerosos muy avanzados. —Al advertir mi asombro, prosiguió—: Habell estaba condenado a morir en pocos meses. Sé que esto no les servirá de consuelo, pero me pareció que era importante que ustedes lo supieran.

Me sentí tontamente emocionado.

—De modo que, de todas formas iba a morir. Quizá se embarcó en una aventura arriesgada por esa razón —dije, pensativo—. Lamentablemente, Habell sufrió una muerte horrible.

—He sabido algo acerca de ese criminal atentado del que ustedes fueron objeto. Goldway me explicó que ustedes estaban empecinados en poner a flote una motonave hundida a cierta profundidad, en el mar del Coral... Confieso que me apasiona el tema, pues me encanta bucear e investigar ruinas submarinas, pero ¿no le parece que corren un riesgo excesivo? No se trata ya de la excesiva profundidad a la que habrán de operar, sino también a ese misterioso ataque con lanzallamas. ¿Creen que vale la pena arriesgar la vida, impulsados sólo por motivos de lucro? —comentó.

Me esforcé en hacerle comprender nuestra actitud. No se trataba solamente de motivaciones lucrativas. La tarea de poner a flote el Southsea Dragoon suponía para nosotros un desafío a nuestra capacidad operativa, a nuestros recursos, a nuestra inventiva...

Poco a poco, Abee Wellman se fue apasionando por el tema, a medida que yo le exponía las diversas facetas e inconvenientes del proyecto.

Charlamos por espacio de casi tres horas. Y cuando nos despedimos me pareció que sólo habían transcurrido unos segundos.

—Cuídese, Frank —me recomendó ella cuando me tendía la mano por más tiempo del conveniente.

Aquella noche llegué a bordo con una agradable sensación de euforia. ¿Qué había ocurrido? Sencillamente, Abee Wellman había calado en mí profundamente.

A cada momento, recordaba su sonrisa franca, sus ojos brillantes y soñadores, sus pómulos brutales, sus labios carnosos, los deliciosos hoyitos que se formaban junto a las comisuras de su boca al sonreír...

Bob tenía noticias importantes, que nos confió cuando los tres socios estuvimos a solas.

—Thompson ha averiguado algunas cosas... —dijo—. Por ejemplo: Bane Runson y Allan Blank, capitán y contramaestre, respectivamente, del Southsea Dragoon, dejaron de navegar a partir del naufragio de la motonave. Thompson ha averiguado que ambos poseen un saneadísimo negocio en efectos navales en Brisbane (Australia), además de intereses en diversas empresas navieras. Ello puede llevarnos a suponer que tanto Runson como Blank obtuvieron grandes ingresos en dinero como consecuencia del naufragio del barco en el que habían prestado sus servicios...

—¿Crees que son Runson y Blank los personajes que están tras los dos atentados que hemos sufrido desde que nos propusimos poner a flote esa motonave? —preguntó Kernig.

—Es lo más sensato —intervine yo—. Runson y Blank saben muy bien que el barco hundido oculta algo que podría perjudicarles. Algo de suma gravedad, si queréis entenderme. Un secreto que puede justificar el asesinato. Ya ha muerto uno de nosotros: Habel. Y...

—Por cierto —me interrumpió Jan, sombrío—. Nuestros marineros están asustados. He hablado con ellos, me he esforzado en darles seguridades, pero siguen resistiéndose a continuar en el barco.

—¿Qué es lo que pretenden? ¿Más dinero? —pregunté, furioso.

—No se trata de eso —se apresuró a negar Kernig—. Sólo tienen miedo. Exigen más seguridad. Es lógico: temen que el Good Luck II vuelva a ser objeto de un atentado en alta mar. Sólo Robinson y Brook, los nuevos marineros, están dispuestos a seguir con nosotros.

—En cuanto a eso, puedes darles toda clase de seguridades —anunció Grisby—. El capitán de navío Goldway está dispuesto a desplazar a algunas de sus unidades, que nos darán escolta por un tiempo prudencial. Así, pues, todo depende del tiempo que invirtamos en sacar a flote el Southsea Dragoon.

—No está mal —dijo Kernig, más tranquilo—. Empezaba a temer que nuestra marinería nos abandonaría en el momento menos pensado.

—De todas formas, debemos estar preparados contra los imprevistos —dije—. Por mi parte, no pienso separarme de mi revólver ni para dormir. Y os aconsejo que hagáis otro tanto en cuanto nos hagamos a la mar.

Dos días después, el Good Luck II estaba listo para la marcha. Había vuelto a visitar a la doctora Abee Wellman, aunque no tenía otra justificación para ella que el interés que aquella guapa mujer me suscitaba.

Para mi sorpresa, Abee mostróse encantada con mis dos siguientes visitas. Charlamos largamente, con toda confianza. Ella me habló de su

infancia solitaria —era huérfana— y de su vocación por la Medicina, que la había llevado tan lejos de nuestra patria. También yo relaté mis problemas juveniles, el horror de la guerra y mi afán por la aventura.

Cuando al fin llegó el día de la marcha, decidí abandonar momentáneamente el buque para despedirme de Abee Wellman. Para entonces, había llegado a una conclusión: me había enamorado de la guapa doctora.

Sentía una extraña excitación, pues me debatía en la duda de hablar a Abee claramente u ocultar mis sentimientos. En realidad, ¿qué podría yo ofrecer a aquella hermosa mujer? Nada, evidentemente. Un futuro lleno de incertidumbre y zozobras. Y todo ello en el caso de que ella sintiera algo por mí, aunque algunos detalles exteriores me incitaban a imaginar que yo no le resultaba indiferente a Abee Wellman.

Ya caminaba hacia la colina donde Abee tenía su residencia, cuando escuché el vozarrón de Jan Kernig:

—¡¡Espera, Frank!!

Me detuve y aguardé. Él llegó a la carrera, jadeante. Su frente chorreaba sudor y su aspecto general era de honda preocupación.

—¿Qué ocurre? —le pregunté, sospechando que algo desagradable acababa de ocurrir.

—¡Nami! —exclamó—. ¡Ha desaparecido!

—Tranquilízate —le recomendé—. No puede haber ido muy lejos. Esto es una isla. Y no demasiado extensa. La encontraremos. Pero dime, ¿cuándo la empezaste a echar en falta?

—Hace... más de cuatro horas que bajó a... a tierra —respondió, todavía jadeante—. Me pidió algún dinero, pues quería comprar algunos regalos para todos en el almacén general de Pinchee. Ya sabes, dentro de poco será Navidad. Y ella, al fin y al cabo, es una mujer. Le di doscientos dólares y la vi ir. ¿Dónde diablos estará esa condenada australiana? Ella sabía de sobra que zarparíamos a las cinco de la tarde. ¡Y son las cuatro ya!

—Está bien. Demoraremos la partida, si es preciso —respondí.

En Pinchee no había jefe de policía. La población civil era apenas de seiscientos habitantes, de modo que las autoridades navales se ocupaban de todo. Normalmente, era la policía militar la que velaba por el orden en el poblado de Pinchee. Así que fuimos a ver al capitán de navío Ernest Goldway, jefe de la Base.

Este nos recibió amablemente y enseguida se interesó por resolver nuestro problema. Pocos minutos después, diez policías militares recorrían las calles de Pinchee buscando a Nami. Otros tantos hombres abandonaron el poblado a bordo de dos jeeps, dispuestos a recorrer los vericuetos de la isla.

Por nuestra parte, movilizamos también a nuestros marineros,

dejando sólo a tres de ellos de guardia, a las órdenes de Bob Grisby.

Pasaron las horas lentamente. A las siete de la tarde, aún no teníamos ninguna noticia de Nami Napritri. Lo único que sabíamos era que ella había hecho sus compras en el almacén general. Cargada con varias grandes bolsas, las empleadas del almacén la habían visto marchar. Y después... ¡nada! Si diría que aquella pequeña y bonita mestiza australiana se había esfumado en el aire.

Jan y yo nos habíamos separado, con el fin de investigar cada cual por su lado. Al final, próximo el anochecer, me dirigí a la colina donde se erguía la consulta— hospital de la doctora Wellman.

Si pensaba sorprenderla con la noticia de la desaparición de Nami, me equivoqué; ella estaba ya al tanto del asunto. En realidad, podría asegurarse que todos los habitantes de Pinchee estaban dedicados a buscar a la joven desaparecida.

Abee advirtió mi preocupación y trató de consolarme.

—No hay que ponerse en lo peor. Probablemente aparecerá enseguida. Todo debe tener una explicación simple —dijo.

Yo estaba contemplando la bahía a través del ventanal, con un cigarrillo en los labios y un vaso de whisky con hielo en la mano. Pero noté su cuerpo próximo y turbador y sus manos frescas que acariciaban mi cuello.

Tiré el cigarrillo, solté el vaso y la abracé en un loco impulso. La besé apasionadamente en los labios. ¡Qué jugosos y frescos eran...! Ella respondió a la caricia apasionadamente y cuando yo la acaricié íntimamente, ella se plegó, propicia.

Pero vencí al deseo con un gran esfuerzo de voluntad. Mis sienes zumbaban.

—No puede ser, Abee. He descubierto que te amo, pero no puede ser —dije con voz ronca.

—¿Por qué no? Yo... yo también te amo, Frank —pronunció en un susurro que aceleró los latidos de mi corazón.

Volví a besarla, ahora con mayor intensidad. Pero me separé de ella antes de que mis sentidos se volvieran incontrolables.

—¿Por qué no? —repitió ella, con un deje de reproche—. ¿Es... por la desaparición de la esposa de tu amigo?

—En cierto modo —asentí—. No es el momento más adecuado para que demos rienda suelta a nuestro amor, Abee. Pero no se trata sólo de esto. No puedo atarte a mí. No al menos hasta que hayamos resuelto el negocio que nos trajo aquí.

—Temes por mí, ¿no es cierto?

—Sí —confesé—. Sospecho que la desaparición de Nami no es casual. Pienso...

Abee se irguió, atenta.

—¿Qué ocurre?

—No sé... Me pareció escuchar un rumor extraño.

Caminamos los dos juntos hasta la puerta de entrada. Sus sentidos no habían engañado a Abee: en el suelo había un pequeño sobre color crema.

Abee se inclinó y lo tomó, pero un segundo después me lo entregaba.

—Es para ti —dijo—. Alguien debió introducirlo bajo la puerta.

La abrí de golpe y miré con ansiedad. No había nadie a la vista. El sinuoso sendero bordeado de verde vegetación que ascendía hasta el edificio de la colina, estaba absolutamente desierto.

Perplejo, abrí el sobre y extraje una hoja de papel en la que alguien había escrito con grandes letras mayúsculas:

NO BUSQUEN MAS A NAMI NAPRITRI. LA
ENCONTRARAN EN BAKIHII HILL. ESTO ES SOLO UN
AVISO. LO MAS PRUDENTE ES QUE ABANDONEN SU
LOCO INTENTO. CASO CONTRARIO, ALGUIEN MAS
MORIRA.

Por supuesto, no había firma.

—¿Dónde está Bakihi Hill? —pregunté a Abee.

—A unos siete kilómetros de aquí, casi en el centro de la isla. Se trata de una colina de cima erizada y pedregosa —respondió.

—Voy a ver a Goldway. Es preciso ir allí inmediatamente —decidí.

—¡Espera! —gritó ella, cuando yo acababa de salir al camino—. Te acompañaré. Tal vez necesitéis... un médico.

Camino del edificio de la comandancia, tropezamos con Jan Kernig que deambulaba de un lugar a otro completamente desorientado. En cuanto leyó el anónimo, en sus ojos azules brilló un poco de esperanza.

El capitán Goldway puso a nuestra disposición varios automóviles todo-terreno y se ofreció a acompañarnos a Bakihi Hill.

Era ya noche cerrada cuando abandonamos las instalaciones militares camino de nuestro objetivo. Además de Abee, Goldway, Jan y yo, nos acompañaba una escolta de cuatro soldados armados de metralletas.

Media hora después, nos deteníamos a cien metros de la cima de Bakihi Hill. Aquella altura de cota, la pendiente era tan aguda que los automóviles se negaron a seguir ascendiendo.

Iluminándonos con las grandes linternas eléctricas que habían traído los policías militares, iniciamos la ascensión hacia los riscos.

Instintivamente, Abee y yo nos adelantamos a todos los demás. Me atormentaba un sombrío presentimiento que después habría de

demostrarnos certero: posiblemente encontraríamos a Nami, sí, pero... muerta.

Jan rezongaba a quince metros de distancia, cuando Abee señaló aquella arista rocosa.

Palidecí.

La silueta de la mujer ensangrentada se destacaba sobre la oscura roca.

—¡¡Quédate ahí, Jan!! —grité con todas mis fuerzas.

Pero mi amigo siguió la ascensión, obstinado.

Entonces me vi obligado a pedir a los soldados que le detuvieran. Pero Jan había enloquecido y tuvieron que bregar duramente con él para, finalmente, lograr reducirle.

Entretanto, Abee y yo habíamos proseguido lentamente el resto de la ascensión y hacíamos el macabro descubrimiento.

Incluso Abee, que estaba acostumbrada a la muerte en razón de su profesión, se manifestó horrorizada.

El cadáver de Nami estaba atado con alambres a la afilada aguja rocosa. El cuerpo aparecía completamente desnudo y cubierto de reseca manchas de sangre.

La sangre había resbalado de las múltiples heridas de su rostro, su cuello, sus senos, su vientre, sus muslos e incluso su sexo.

Según comprobó Abee, no se trataba de heridas profundas, mortales, sino de punzadas de poca profundidad y longitud, aunque tan numerosas que cubrían prácticamente todo su cuerpo. Las había a docenas, incluso a centenares.

—Es el jaki-ayara, el tormento que practicaban antiguamente los piratas que pululaban por estos mares a sus víctimas —me informó, pálida del susto—. Consistía en practicar centenares de incisiones escasamente profundas, pero tan numerosas que las víctimas morían lentamente, desangradas.

—¡Dios mío! —murmuré, espeluznado—. ¿Es posible que existan seres humanos capaces de cometer semejante atrocidad?

Pero no hacía falta respuesta: ante nuestros aterrados ojos aparecía la tierra empapada de sangre.

—Eso no es todo —susurró Abee, en voz baja, que sólo yo pude escuchar—. Antes de someterla al cruento martirio, la violaron.

Allá abajo, se oían los alaridos salvajes de Jan Kernig, que se debatía como una fiera en el suelo, sujetas sus muñecas y tobillos con esposas de acero.

Capítulo X

JAN hubo de ser hospitalizado. Cuando la doctora Wellman, con todo el tacto posible, le dio la noticia de la muerte de Nami, mi amigo sufrió un acceso tan violento de nervios, que destrozó la mitad de los aparatos y enseres de la sala del hospital donde se hallaba.

Durante los días siguientes, Jan durmió un sueño artificial provocado por las drogas. Al fin despertó. Cuando le vi, me di cuenta de que su expresión no era la misma; parecía idiotizado.

Dos días después, Abee le permitió salir del hospital. Jan, sin cambiar una palabra con nadie, se encaminó a la taberna más cercana, donde bebió cerveza hasta perder el conocimiento. Y así permaneció durante los días sucesivos, sin admitir la compañía de nadie.

Al fin, en una brusca mutación, subió a bordo, se enfrentó con Bob y conmigo y dijo:

—¿Qué esperamos para partir?

Cambiamos una mirada. Bob permaneció silencioso, lo que me obligó a contestar:

—Verás, Jan: Grisby y yo hemos pensado que lo más sensato es abandonar este asunto. No nos ha traído suerte. Tú tenías toda la razón. Será mejor dejarlo ahora, antes de que...

—Luego estáis acobardados —gruñó, mirándonos fijamente.

—No se trata de eso. En realidad...

—En tal caso, partamos —dijo. Y se marchó y comenzó a repartir órdenes entre la marinería, que se aprestó a disponerlo todo para zarpar.

Así que hablé con el capitán de navío Goldway y éste dijo que enviaría tras el Good Luck II una cañonera y dos torpederas rápidas.

Salimos esa misma tarde. Abee me despidió en el muelle con lágrimas en los ojos.

—Tal vez... jamás vuelva a verte, Frank —dijo.

—¿Cómo es eso? —protesté, sonriente—. No pudieron conmigo en Vietnam, pequeña. Ni podrán los viejos piratas del mar del Coral, te lo prometo. Deséame suerte, Abee. Si la tenemos, volveremos a vernos muy pronto.

Se secó las lágrimas de un manotazo y me besó fugazmente en los labios.

—Lláname por radio en cuanto puedas —suplicó—. Yo iré a la

comandancia cada tarde para recoger tus mensajes.

—Te lo prometo, amor mío —respondí, emocionado.

—Idílica escena, amigos míos —se oyó una voz burlona a nuestra espalda.

Era Bob Grisby quien, siguiendo su inveterada costumbre, subía a bordo siempre en el último momento.

—¿De dónde vienes? —pregunté, furioso.

—De la comandancia. Goldway me advirtió que había un mensaje para mí, desde Sidney. Es de Thompson. Dice que Bene Runson y su antiguo contraмаestre Allan Blank desaparecieron de aquella ciudad en cuanto el Good Luck II se hizo a la mar. ¿No te dice nada eso? —informó.

No hice ningún comentario. Di el último beso a la doctora Wellman, y Grisby y yo subimos. Enseguida fue retirada la pasarela de acceso y largados los cabos de amarre. El Good Luck II abandonó el puerto de Pinchee poco después. En aquel poblado y muy de cerca de donde enterramos al marinero Habel, quedaba Nami Napritri para siempre.

* * *

Alcanzamos nuestra zona de operaciones al amanecer del día siguiente. Como Jan había previsto, una gran mancha roja se extendía sobre el mar, pero resultó bastante fácil hallar la boya sumergida y situarla en la superficie.

A poco más de una milla de distancia, montaban guardia la cañonera y las dos lanchas torpederas. La presencia de aquellas embarcaciones dio seguridad a todos: no sería fácil que alguien pudiera agredirnos ahora.

Sobre la parte superior del DF-003 fue acoplado un gran carrete que contenía trescientos metros de cable de acero. Antes de que nos sumergiéramos a tal profundidad, Jan y los marineros Robinson y Brooks, empalmarían otro tramo.

Estaba decidido: Bob y yo bajaríamos inmediatamente en busca del Southsea Dragoon. Todos los demás hombres permanecerían atentos a nuestras instrucciones, radiadas desde el fondo del mar.

Se botó una gran chalupa, se hizo descender el batiscafo y se inflaron cuatro grandes balsas neumáticas.

Cuando llegó el momento de introducirnos en el batiscafo, Bob Grisby descorchó con toda solemnidad una botella de champán francés y nos sirvió una copa a todos los que estábamos a bordo del Good Luck II.

—Porque el codiciado Southsea Dragoon emerja cuanto antes de su lecho de dos años —pronunció Bob.

—Porque pueda poner mis manos enseguida en los cuellos de los cerdos que asesinaron a mi esposa —respondió Jan.

Apenas se humedeció los labios con el carísimo champán. Inmediatamente arrojó la copa y su contenido al fondo del mar del Coral.

Yo era el primero en lamentar que las investigaciones del capitán Goldway —realizadas con gran interés— no hubieran obtenido el menor éxito, en relación con el horrible asesinato de Nami. Sin embargo, el extraño brindis que acababa de pronunciar Kernig me pareció de mal agüero en aquel momento.

Bob y yo descendimos a una balsa y nos introdujimos en el DF-003. Cerrada la escotilla superior, el batiscafo comenzó a sumergirse.

Vimos un grupo de tiburones a través del visor de proa. Tres grandes ejemplares de tiburón azul y un pez martillo que pasó rozando el sumergible.

Descendíamos muy cerca del cable de la sonda. Cincuenta metros, ochenta, cien, ciento cincuenta...

La luz iba descendiendo gradualmente. Bob encendió los focos de proa, enfilados hacia el cable de la sonda.

Doscientos metros, doscientos cincuenta, trescientos...

El DF-003 obedecía sumiso a la maniobra. A través de la radio, Bob iba dando nuestra posición a la superficie.

Cuatrocientos metros, cuatrocientos cincuenta. Los focos de proa hendían las oscuras aguas como largos dedos luminosos. Veíamos cruzar ante nosotros extraños seres de repugnante aspecto, atraídos por la potente luz que irradiaba el batiscafo.

El silencio era casi absoluto. Sólo se oía el leve zumbido de la radio.

De pronto, vimos la arena del fondo. A nuestra derecha se elevaba una cresta de coral rojo, muy atractiva. Hacia el suroeste, podía verse la silueta confusa de una elevación.

—El promontorio que Jan dibujó en su boceto del fondo marino —murmuró Bob.

Lentamente, el DF-003 evolucionó en aquella dirección. Abajo, apenas a tres metros de profundidad, vimos la sonda, parcialmente enterrada en la arena.

Nos acercamos con lentitud a aquello que desde el principio Jan llamara «promontorio». Poco a poco, la silueta se hizo más clara.

—¡Es... es un barco! —exclamé, sin poder contenerme.

El sumergible avanzó unos metros más. Aunque el casco había comenzado a ser atacado por los corales y otras concreciones marinas, Bob pudo deletrear:

—¡South...sea Dragoon! ¡Lo hemos encontrado, Frank!

Inmediatamente, comunicamos con Jan, que no dio ninguna muestra de entusiasmo.

—Vamos a acercarnos a proa y a intentar enganchar el primer cable

—informamos.

Manejé los brazos articulados. Entre las pinzas estaba el extremo del cable. Pero nuestro primer intento falló. Por fortuna, tras media hora de laborioso trabajo, el cable quedó firmemente enganchado a proa.

Ascendimos enseguida, pues la operación no estaría concluida hasta que no enganchásemos la nave hundida con cuatro cables, tal como habíamos proyectado.

En la siguiente inmersión, conté con la ayuda de Kernig. Cuando descendía, cortó bruscamente la radio, que había permanecido encendida todo el tiempo.

—¿Por qué lo haces? —le pregunté, asombrado.

—Tengo que hablar contigo —sus ojos tenían un relumbre sombrío—. No quiero que nadie, excepto tú, pueda escuchar.

—Me asustas —respondí—. ¿De qué se trata?

—En primer lugar, quiero que sepas que la actitud de Grisby en el viaje hacia aquí, me pareció sospechosa. Le vi conversando en actitud confidencial y huidiza con los dos marineros que enroló en Pinchee: Robinson y Brooks —dijo.

—¡Vamos, vamos! —me impacienté—. Creí que al fin confiabas plenamente en Bob...

—Eso pensaba antes. Pero ahora mis sospechas han vuelto. No puedo evitarlo. Además, han ocurrido otras cosas: esta mañana descubrí algo en la santabárbara del combustible.

—¿Qué?

—Algo sumamente peligroso: doce kilos de cartuchos de fósforo. Suficiente para provocar un incendio a bordo que nadie podría sofocar —me miró fijamente—. ¿No crees ahora que mis sospechas están justificadas?

Di una respuesta cauta.

—El asunto es grave, ciertamente —respondí—. Pero eso no quiere decir que Bob sea culpable. Yo confío en él, por encima de todo razonamiento. ¿Qué hiciste con el fósforo?

—Lo único que podía hacer: arrojar los cartuchos al mar. Procuré que nadie me viese. Luego llené la caja de viejos carretes de conductor eléctrico. A partir de ahora, pienso vigilar celosamente a toda persona que se acerque a la santabárbara injustificadamente. Sin embargo, aún no te lo he contado todo. La actitud ansiosa de esos dos tipos me da que sospechar. Mientras tú y Bob trabajabais abajo, Brooks se aproximaba sin motivo justificado a la radio que yo había instalado en cubierta. Demostraba un interés muy sospechoso en escuchar lo que me decíais desde el DF-003.

El batiscafo descendía con calculada lentitud. Y mi cerebro se esforzaba en asimilar cuanto Jan acababa de decirme.

Robinson y Brooks eran dos excelentes marineros, dóciles y atentos. ¿Era posible que en realidad, se tratase de dos espías? Jan era un hombre perspicaz, excelente observador, que no solía equivocarse jamás en sus deducciones.

Le dije que había hecho bien en informarme cuanto antes y quedamos de acuerdo en vigilar discretamente a aquellos dos individuos.

—No estoy de acuerdo, sin embargo, en sospechar de Grisby. ¿Qué interés podía tener él en hacer fracasar nuestra operación? —comenté.

Jan se encogió de hombros. Como la conversación estaba liquidada volvió a conectar la radio. Instantáneamente, se oyó la voz de Bob, impaciente.

—¿Qué diablos estabais haciendo? —rugió—. Me habéis dado un susto de muerte.

—Tranquilízate —dije. Y mentí—: Desconecté la radio involuntariamente. La he vuelto a conectar en cuanto advertí el accidente.

Nuevamente advertimos la presencia de un grupo de escualos. Jan movió la cabeza, preocupado, pero no hizo ningún comentario. Pero yo sabía lo que estaba pensando: la presencia de los tiburones podía echar a rodar nuestro plan, pues al día siguiente tendríamos que bucear para soldar a los cables las coronas de acero donde serían enganchados los flotadores.

De todas formas, el trabajo se prolongó más de lo previsto. La tarde llegó y aún faltaba por enganchar el cuarto cable, que irían afianzado en el costado de babor del Southsea Dragoon.

Realizar esta parte del trabajo nos llevó toda la mañana siguiente. Por fin, hacia las cuatro de la tarde los cuatro cables quedaron fijados a una balsa compuesta por dieciocho flotadores semirrígidos.

Ahora debíamos descender, buceando, a cien metros de profundidad, para soldar a los cables la corona de acero. Tras un breve descanso, Bob, Peters —uno de nuestros buceadores— y yo, comenzamos a embutirnos en nuestros trajes de buceo, cuando uno de los marineros de servicio en la Good Luck II gritó estentóreamente:

—¡¡Tiburones!!

Vi sus enormes aletas dorsales a unos pocos metros de la chalupa a motor. Había muchos tiburones: conté más de veinte, atisbando a través de los prismáticos. Demasiados para que se hubiesen concentrado en aquel paraje de forma accidental.

—Alguien los ha cebado —acusó Jan, ceñudo.

Y señaló a Blake Robinson y Alex Brooks, que precisamente permanecían en la chalupa y habían ayudado briosamente a fijar la balsa de flotación a que iban cogidos los cables de acero.

De todas formas, nos trasladamos a la chalupa con nuestros equipos de inmersión y los de soldadura subacuática.

Tuvo lugar una escena de terrible violencia. Jan, descompuesto, acusó a aquellos hombres de haber atraído a los tiburones con carnaza. Por un momento creí, que mi amigo saltaría sobre aquellos dos individuos y los estrangularía, como mínimo, pues su tensión de nervios eran indescriptibles.

Por fortuna, Brooks y Robinson conservaron la calma.

—Es usted injusto, señor Kernig. Dígame ¿qué interés podíamos tener en hacer venir a los escualos? —preguntó Robinson—. Al fin y al cabo, también nosotros estamos en peligro. No es la primera vez que los tiburones hacen zozobrar una embarcación más grande que ésta.

—Mi compañero tiene mucha razón —intervino Alex Brooks—. Pero además... ¿no han visto eso? Es una carroña de ballena. La parte posterior de un cetáceo, si no me falla la vista. ¿No creen que eso pudo atraer a los tiburones?

Hasta aquel momento no habíamos puesto atención en ello, pero ahora vimos perfectamente la gran masa de carne a medio corromper que los tiburones se disputaban a dentellada limpia.

Jan no hizo ningún comentario. Parecía evidente que se había equivocado, pero le costaba demasiado esfuerzo disculparse con aquellos hombres. Así que lo hice yo por él.

—Discúlpenle —pedí—. Jan está un poco nervioso desde que... Bien, ya lo saben.

No era prudente zambullirse en las profundidades de aquel mar espumeante donde los tiburones se disputaban con terribles dentelladas una masa de carroña marina. De modo que decidimos volver a bordo.

Precisamente fue muy poco después cuando surgió otro peculiar incidente. Decidimos izar el batiscafo a su lugar en la cubierta de proa y Jan se dispuso a manejar la cabria a motor. No se dio cuenta de que una de sus piernas estaba rodeada por un lazo de cable, de modo que cuando éste se tensó, el acero apretó salvajemente su tobillo y le lanzó al mar por encima de la borda.

Los tiburones no estaban tan lejos como para no temer por su vida. En el agua, casi inconsciente por el lacerante dolor, Jan estaba a merced de ellos.

Fue precisamente Alex Brooks el que le lanzó un flotador desde la chalupa, abordada a la amura. Y Blake Robinson quien tiró del cabo y le elevó a salvo.

Cuando subieron a Jan a bordo, él y yo cambiamos una mirada intensa. No hacía falta hablar. Ahora más que nunca, Jan sabía que había sido injusto al acusar a aquellos hombres.

Pero...

Capítulo XI

A la mañana siguiente, día 18 de diciembre, el mar apareció en calma y no había rastro de tiburones. Al parecer, después de darse un festín con los despojos de la ballena —muerta Dios sabe en qué circunstancias—, los escualos habían optado por buscar su sustento lejos de allí.

De modo que a la salida del sol, Bob, Peters y yo estábamos dispuestos a zambullirnos. Descendimos escalonadamente, realizando las detenciones precisas para asimilar sin peligro la presión, y al alcanzar la profundidad precisa, nos pusimos a trabajar.

Veinte minutos después, la fuerte corona de acero quedaba firmemente soldada a los cuatro cables.

Precisamente nos disponíamos a ascender, cuando sentí un tirón en el brazo derecho. Mi soldador se fue de las manos tras el fuerte tirón de Peters. Furioso, me volví, pero él señaló perentoriamente a mi espalda.

Era demasiado tarde, por desgracia. De repente, una sombra veloz se abatió sobre mí. Un dolor lancinante me hizo estremecer de pies a cabeza... ¡un tiburón acababa de atacarme!

Peters tuvo una sangre fría que jamás llegaré a comprender. Temerariamente, se acercó, hincó su bastón metálico en el morro del tiburón y... el escualo soltó su presa.

Comprendí que iba a perder el conocimiento de un momento a otro, pues el dolor del muslo herido era insufrible.

Incluso así, me esforcé en mantenerme consciente. Vi que Bob y Peters abandonaban sus soldadores y me tomaban por las axilas.

Antes de que nos detuviésemos por primera vez, me había desmayado.

Recobré momentáneamente el sentido cuando llegamos arriba. Desde el Good Luck II, Jan disparaba frenéticamente su rifle de gran calibre. Debió acertar a algún tiburón, pues vi surgir un torbellino a unos cuarenta metros y el agua se tiñó de rojo.

Pero volví a perder el conocimiento cuando bajé los ojos y vi... mi muslo sangrante.

Volví en mí cuatro horas más tarde.

Cuando abrí los ojos creí estar soñando... ¡Abee Wellman estaba a mi lado!

—Descansa, amor mío —susurró—. Duerme.

Y me dormí.

¿O se trataba de un paso más hacia el otro mundo?

No. No estaba muerto, ni mucho menos. Cuando torné a este mundo, ella seguía allí, cerca de mí. Y sonreía animosamente.

Sólo algún tiempo después supe que ella había estado a punto de sucumbir cuando se vio enfrentada a la necesidad de suturar mi muslo desgarrado.

Bob había llamado por radio a la Base de Pinchee y el capitán Goldway había enviado a la doctora Wellman en un hidroplano.

—No es nada —susurró Abee a mi oído—. Los colmillos del tiburón sólo cortaron músculos. No voy a mentirte, Frank. Anoche temí que murieras. El mayor peligro era la infección que llevan consigo esta clase de heridas. Sin embargo, puedes descansar tranquilo: el hecho de que yo pudiese venir aquí enseguida a curarte fue decisivo. Lo demás lo han conseguido los antibióticos.

Se me humedecieron los ojos.

—Así que me has salvado la vida... —murmuré con voz pastosa—. Aunque probablemente quedaré cojo, convertido en un inválido.

—He pedido a Dios que tal cosa no ocurra —respondió, brillantes los ojos—. No hay rotura de tendones, sólo profundos desgarros musculares, que yo he cosido escrupulosamente, aunque... confieso que me costó mucho imponerme a mis sentimientos para conservar un mínimo de calma. Confíemos en que todo vaya bien.

A pesar de todo, me desesperé.

—¿Qué va a ser de nuestro proyecto? ¡Todo se irá al diablo! —gemí.

—¿Vuestro proyecto? Seguirá adelante. Los tres sois demasiado tozudos para dar vuestro brazo a torcer... —dijo ella—. Jan está construyendo unas protecciones a modo de jaulas que les permitirán trabajar abajo. No puedes dudar de que sean dos grandes amigos tuyos. Lo han demostrado incluso con su sangre...

—¿Qué quieres decir?

—Perdiste mucha sangre hasta que llegaste a bordo. Naturalmente, Bob y Peters se preocuparon de apretar la herida, pero se detuvieron para hacer la descompresión. Tanto Jan como Bob se prestaron a la transfusión directa. Por fortuna, no hubo problemas: vuestro grupo sanguíneo es idéntico, el «0»-positivo. Hasta en eso os parecéis —sonrió Abee.

—¿Cómo podría pagarles? Ahora estoy en deuda con ellos.

—Sólo desean que te cures y debes poner todo tu interés en ello. Por Bob, por Jan y... por mí.

Se inclinó y me besó suavemente en los labios.

—Y bien, ¿qué haces aquí? Probablemente te necesitarán en Pinchee —dije.

—¿Tan pronto quieres echarme? —bromeó—. Tranquilízate. He hablado con el capitán Goldway por radio.

Le he dicho que seguiré aquí hasta que estés fuera de peligro. Si me necesitaran en Pinchee, Goldway me avisaría. No te librarás de mí tan fácilmente.

Hacia el mediodía, Jan y Bob vinieron a verme.

—Vaya, parece que estás recuperando el color —comentó bromeando Bob—. ¿Estás dispuesto a salir de ésta?

Tomé sus manos y las oprimí con todo el vigor que pude.

—Gracias, amigos —pronuncié únicamente.

* * *

Abe se marchó el 22 de diciembre. Fue muy triste: cuando desperté aquella mañana, ella ya no estaba. Según me informó Jan, en Pinchee había una mujer a punto de dar a luz que necesitaba de la atención de un médico.

Entretanto, Bob y Jan seguía trabajando sin descanso. El tiempo seguía siendo bueno, pero el viento soplaba a veces, dificultando los trabajos.

—Hemos probado las jaulas colgadas —me informó Jan—. Son de tubo hueco, liviano, pero muy seguras... Ya no tendremos que temer a los tiburones. Hemos colgado ocho «pulmones» de la corona, pero el Southsea Dragoon no se ha movido aún.

—Y probablemente no se moverá jamás —comenté, pesimista.

—¿Quién dijo tal cosa? —exclamó Grisby—. ¡Subirá, ya lo creo, aunque yo mismo tuviera que bajar a inflar los «pulmones» a bocanada limpia!

De todas formas, el trabajo a bordo era intenso. Había que soldar, estañar, disponer elementos para hacer posible aquella azarosa operación. Algunas veces se me antojaba tan descabellada, que el desánimo se apoderaba de mí.

En mi forzosa actividad, tenía demasiado tiempo para pensar y esto era nefasto, pues sólo veía dificultades en aquella empresa.

—Pero... ¡si alcanzásemos el éxito! Jamás nadie consiguió nada semejante con tan elementales medios —me decía a mí mismo otras veces.

Añoraba intensamente a Abee. Bob le enviaba cada día un radiomensaje, pero ella no contestaba. ¿Qué tipo de problemas se lo impedía?

Llegó el día 24. Navidad, al día siguiente. ¡Cuánto me hubiera gustado pasar aquellas fechas en compañía de la doctora Wellman, a la que tan poco conocía y a la que, sin embargo, amaba ya

apasionadamente!

Abee había decretado para mí inmovilidad absoluta. Bob me ponía un par de inyecciones diarias. Había recuperado el apetito, de forma que comía magníficamente.

El día 25 por la mañana eché una ojeada a mi herida, después de retirar el apósito. Me aterró al ver la tremenda señal, que ya se estaba convirtiendo en cicatriz. Evidentemente, Abee había llevado a cabo un excelente trabajo: la cicatriz apenas se notaría en cuanto los tejidos estuvieran bien anudados.

Hasta mi camarote llegó aquella tarde el sonido de la música. Era natural: los marineros tendrían ganas de divertirse en Navidad.

A las doce, Jan llegó sudoroso y agitado.

—¡Frank, se ha producido un tirón! —casi gritó—. Fue al enganchar el «pulmón» número doce. Fue apenas perceptible, pero los cables aumentaron su tensión. ¡Yo diría que el barco hundido se ha removido en el fondo!

Detrás del corpachón de Kernig apareció la fina silueta de Grisby.

—Nuestros cálculos se cumplen inexorablemente, querido socio —sonrió—. Todo va viento en popa. No debes preocuparte por nada. Nosotros sacaremos a flote el barco.

—¡Nosotros sacaremos...! —se lamentó Jan—. ¡Este estúpido apoya a los marineros, que se niegan a trabajar esta tarde!

—Creo que tienen toda la razón, Jan. Es Navidad. Un día a propósito para cantar, comer y beber en pacífica compañía —dije.

Kernig se marchó, desesperado. Por él, los trabajos hubieran proseguido incluso de noche.

Y llegó la tarde. Pensaba intensamente en Abee cuando escuché aquel rumor... ¡Parecían las hélices de un avión!

Pocos minutos después, una triunfal Abee Wellman hacía su aparición en mi camarote.

—¡Al fin! —exclamé, alegremente—. ¡Temí tanto que no te acordases de mí!

Llegó junto a mi cama exhalando un sutil perfume femenino que dilató las aletas de mi nariz, se inclinó y me besó apasionadamente en la boca.

—¿Cómo podía olvidarme del hombre al que amo? —exclamó, afectuosa—. Además, he traído regalos para todos. Quizá en recuerdo de aquellos que Nami no pudo traer —terminó con un trémolo emocionado en la voz.

Empezó a repartir cartones de cigarrillos, botellas de licor y dulces de pascua entre todos, desde Jan hasta el último marinero. Cuando estuvimos solos se sentó junto a mí y desenvolvió un paquetito del que extrajo un estuche. Lo abrió y me lo mostró: dentro había una pequeña

brújula de oro, en cuya tapa habían grabado su nombre y el mío y la fecha en que nos habíamos conocido en Pinchee.

—No sabes cuánto siento no poder ofrecerte un regalo, Abee —pronuncié con torpeza—. ¿Qué podría yo comprarte desde aquí?

Pero ella estaba reconociendo mi muslo. Con una sonrisa esplendorosa, volvió a besarme y susurró:

—El mejor regalo para mí es saber que estás fuera de peligro, querido.

Aquella noche hubo una pequeña fiesta entrañable. Entre Kernig y Grisby me trasladaron al salón-biblioteca— puesto de mando y me acomodaron en un sillón confortable con mi pierna izquierda rígida y descansando sobre otra silla llena de cojines.

Invitamos a todos los tripulantes y la estancia se llenó de voces excitadas, de canciones y bullicio.

Brindamos docenas de veces, pero Abee sólo me permitió beber dos vasos de vino. No me importaba: la alegría que me rodeaba era suficiente para mí.

Al final, todos terminaron algo borrachos y Abee dispuso que me devolvieran a mi camarote.

—Y ahora, duerme —dijo—. Yo dormiré junto a ti. Ya lo sé, Frank... Sé los pensamientos que pasan por tu cerebro, pero es preciso esperar. Pronto, querido. Muy pronto podrá ser todo eso que tú y yo deseamos tanto.

El día 27 de diciembre, Abee me autorizó a ponerme en pie. Los músculos me dieron un pequeño tirón y la pierna enrojeció un tanto, pero Jan me había traído un par de muletas y pude salir a cubierta.

Ese mismo día, el Southsea Dragoon se removió de su lecho marino y comenzó a ascender lentamente, colgado de cuatro cables de acero.

Enseguida, todos nos sentimos muy excitados y la actividad se duplicó. Había que bajar de nuevo a cien metros de profundidad, soldar otra corona a los cables y hacer subir más y más al Southsea Dragoon.

Para nosotros, no se trataba sólo de ganar unos centenares de miles de libras esterlinas. Era nuestro prestigio, el éxito por el éxito, la culminación de nuestro trabajo... Cuestiones que nos importaban más que el dinero en sí.

Allí, a ochenta metros del Good Luck II, flotaban los «pulmones» semirrígidos que daban fe del éxito de la primera parte de nuestro proyecto. Claro que la situación ahora era delicada: el barco hundido estaba colgado en el mar y las corrientes marinas podían impulsarlo lejos y dar al traste con todo. Esta, precisamente, era la razón por la que mis socios trabajaban febrilmente de sol a sol, sin tomarse descanso en todo el día.

El día veintinueve de diciembre ocurrió algo que estuvo a punto de

poner punto final a nuestras esperanzas: cuando Peters, Bob y Jan —que había vuelto a bucear—, descendían en el interior de la jaula, el cable que sustentaba a ésta se rompió inexplicablemente. Al principio no lo advirtieron. Hasta que el peso de la jaula golpeó sus espaldas y comprendieron que estaban descendiendo demasiado aprisa por debajo de los cien metros de profundidad.

Fue Bob Grisby —el más flemático de los tres— el primero en reaccionar. Antes de que la jaula, con ellos dentro, alcanzase los ciento treinta metros de profundidad, logró abrir la verja de seguridad. Peters estaba a punto de perder el conocimiento cuando mis dos socios le agarraron y le pusieron a salvo.

Cuando llegaron arriba, Jan estaba tan furioso que apenas podía expresarse. Como Robinson y Brooks estaban en la plataforma desde la que se hacía bajar la jaula, ellos fueron los principales sospechosos.

Sin embargo, al parecer, todo se debía a una avería mecánica: el cabrestante se había soltado de repente y su manivela había golpeado a Robinson en la boca. De todas formas, Robinson sangraba profusamente, por lo que Jan optó por callar las acusaciones que se disponía a vomitar y, posiblemente, a vengar.

Por fortuna había otra jaula. Jan había sido previsor y eso permitió reemprender los trabajos ese mismo día. Esa tarde llegó el hidroplano de la Base Pinchee y se llevó a Abee: una bomba de mano de entrenamiento había estallado a los pies de un soldado de marina, arrancándole tres dedos del pie derecho.

Entretanto, yo, desde cubierta, mantenía las comunicaciones y ordenaba el trabajo de a bordo.

A la mañana siguiente, el Southsea Dragoon ascendió otros cien metros. Y al día siguiente otros cien. Se encontraba, pues, al alcance de los buceadores, que sólo tendría que introducir balones de caucho en su interior y proceder a hincharlos hasta que el barco, por sí solo, apareciera en la superficie.

Había una gran excitación entre todos. Los marineros estaban contentos, pues sabían que cada uno de ellos percibiría dos mil libras en concepto de prima, si el valor de la carga de la motonave correspondía a nuestros cálculos.

Peters, Bob y Jan volvieron a bajar al día siguiente —2 de enero—, llevando un gran balón de oxígeno para hinchar los depósitos de caucho que rellenarían varios compartimentos del buque para permitirle flotar hasta la superficie.

Los trabajos se suspendieron dos horas antes de lo previsto. Jan se sentía mal, al parecer. Teniendo en cuenta que se aproximaba ya a los cincuenta años, era lógico que su organismo se resintiera de las constantes inmersiones.

Sin embargo, y según supe aquella misma noche, su malestar no era de índole física. Me lo dijo poco después de la cena —tardía— que celebramos en nuestra biblioteca.

—Todo es muy extraño —dijo—. El casco de la nave está intacto. Ni un leve roce, ni la más pequeña vía de agua, nada que justifique el naufragio, a excepción, quizá, de una carga mal estibada.

Pregunté a Bob si él había penetrado en el interior del Southsea Dragoon, pero movió la cabeza en sentido negativo. Como tenía el bocado en la boca, fue Jan el que se explicó:

—Bob y Peters estaban arriba, sujetando el balón de oxígeno y la manga articulada —dijo—. Pero lo que me sorprendió fue descubrir aquellos dos compartimentos. Sus puertas eran de hierro y... aparecían soldadas al marco.

—¿Soldadas? —pregunté, estupefacto.

—Así es. Soldadas con varios puntos, muy sólidos y resistentes. ¿Qué imagináis que puede haber allí dentro?

Me encogí de hombros. No tenía respuesta.

Capítulo XII

A las doce de la mañana vi brotar un remolino de burbujas a sesenta metros de distancia.

Cogí apresuradamente los prismáticos y atisé la superficie del mar en aquella zona.

De repente, las burbujas cesaron, pero la superficie líquida se alzó ostensiblemente en aquel lugar.

Y luego, de pronto, brotó la arboladura metálica de un buque, saltaron chorros de agua en todas direcciones y el Southsea Dragoon quedó flotando, aunque muy escorado a babor, sobre el mar del Coral.

¡Lo habíamos conseguido!

Jan y Peters salieron a la superficie algunos minutos después. Pero los prismáticos me permitieron ver sus rostros transidos y los ademanes enérgicos, dirigidos a los de la chalupa, con los que señalaban perentoriamente hacia el flotante barco recién emergido.

Sospeché que había ocurrido algo desagradable. En efecto: al parecer, el barco había iniciado el ascenso con inusitada rapidez. Más tarde sabría que Bob Grisby se había empeñado en inyectar demasiado oxígeno. Su falta de sensatez estuvo a punto de resultar más que dramática, pues el Southsea Dragoon ascendió vertiginosamente cuando Bob se encontraba aún en su interior.

De modo, que no le había sido posible llevar a cabo las pausas de descompresión. Por fortuna, nuestros marineros se movieron con toda rapidez y le rescataron de su encierro —el interior del barco estaba aún lleno de agua—. Media hora después le trasladaban urgentemente al Good Luck II, sin conocimiento.

Jan le sometió a unos minutos de respiración artificial y enseguida le metieron en la cámara de descompresión, donde debió permanecer más de quince horas.

De todas formas, Abee llegó esa tarde y se hizo cargo del asunto. Bob no iba a sufrir más percance que la alteración física que supone un rápido ascenso desde las profundidades.

Todo lo que pudo hacerse en el resto del día fue colocar unos flotadores al costado de estribor del South— sea Dragoon para evitar la puesta de quilla (posición en la que el barco flota al revés). También se le unió con dos cables al Good Luck II para evitar que un golpe de mar

le alejase de nosotros e incluso se recuperó la mayor parte del material flotante.

A las nueve de la noche y después de cenar, la tripulación, exhausta, se retiró a sus camarotes.

A esa hora, y tras haber permanecido junto a Bob todo el tiempo, Abee y yo bajamos a la biblioteca y tomamos una copa.

Poco después, Jan se reunía con nosotros. Ya me disponía a ofrecerle una de las botellas de cerveza que Abee acababa de sacar del frigorífico, cuando advertí su rostro pálido y el temblor de sus labios.

—¡Jan! —exclamé, asustado—. ¿Qué te pasa?

—La cañonera y las dos lanchas torpederas se han marchado —informó, conteniendo su furor—. Acabo de llamar por radio a Pinchee. El operador me ha dicho que alguien, desde este barco, canceló la vigilancia. Es decir, alguien llamó al capitán de la cañonera y a la Base de Pinchee y dijo que podíamos prescindir de la protección de la Armada, puesto que la operación había terminado, con éxito. ¿Fuieste tú, Frank? —preguntó, temblorosos los labios y tensos los puños.

—¿Cómo puedes imaginar que hice tal cosa? —se encrespó—. Estás seguro, supongo, de que todo ha ocurrido como tú dices.

—¡Claro que estoy seguro! ¿No te digo que acabo de recibir la confirmación de la Base Naval de Pinchee? ¡Es lo que suponía! —clamó—. ¡Tenemos traidores a bordo! ¡Pero yo los desenmascararé!

—¡¡Espera!! —grité—. Déjame hablar con el capitán Goldway. Todavía podemos hacer volver nuestra escolta.

Muy excitados, nos trasladamos los tres a la cabina de la radio. En cuanto di la clave para comunicar, pude escuchar al operador de Pinchee.

—Precisamente el capitán Goldway quería comunicar con ustedes, señor Cropoli. Aguarde.

La voz de Goldway resonó en el altavoz.

—Hola, Frank. Tengo noticias en relación con el asesinato de Nami Napritri. En realidad, hemos detenido ya a los autores materiales del crimen.

—¿Cómo dice?

—Lo que oye. Ellos mismos se descubrieron. Son siete nativos. Uno de ellos se emborrachó en la taberna de Isaac Polson y comenzó a hablar de Bakihi Hill y de la juerga que se habían corrido con una muchacha australiana. Al parecer, dos individuos les pagaron para cometer el crimen, aunque previamente les drogaron y emborracharon.

—¿Cuál es la descripción de esos dos individuos? —inquirí.

—Uno de ellos es de regular estatura, rubio, ojos azules, barba pelirroja, con una pequeña cicatriz en el pómulo izquierdo...

—¡Robinson! —bramó Jan con voz estrangulada.

—El otro es más alto, moreno, ojos oscuros, nariz aguileña, patillas espesas, cejas en arco, boca grande, mandíbula cuadrada...

—¡Brooks! —susurró Kernig, tan excitado que todo el mueble donde se apoyaba la radio vibraba.

—Muy bien, capitán. Debo decirle que la cancelación de la vigilancia por parte de sus unidades no partió de ninguno de nosotros tres, de modo que debemos tener espías a bordo. Le ruego que haga volver, al menos, a las torpederas. Entretanto, vamos a tratar de aclarar la situación.

—Desde luego que lo haré. Voy a cortar la comunicación para ponerme en contacto con las torpederas. Les llamaré más tarde. Corto.

Miré a Jan. Y su expresión me dio miedo. Ya se disponía a dar media vuelta, cuando logré retenerle.

—Por favor, Jan. Obremos con cautela. En primer lugar, creo que debemos poner al tanto de la situación a nuestra tripulación... menos a dos hombres. Después, iremos a por Robinson y Brooks.

Fue Abe la que se encargó de salir al pasillo e ir avisando discretamente a todos nuestros marineros.

Cuando les tuvimos reunidos en cubierta, les expliqué la situación. Jan sacó varios revólveres y dos metralletas y las distribuyó entre todos.

—Que nadie dispare hasta que yo lo ordene —advirtió—. En gran parte, esto es cosa mía.

Registramos los costados del buque y descubrimos una balsa neumática con motor fuera borda dispuesta en la amura de estribor. La balsa fue izada a bordo y el motor despojado de su carburador.

Luego descendimos lentamente —Abee se quedó junto a Bob, que seguía en la cámara de descompresión— y nos detuvimos ante el camarote que ocupaban Blake Robinson y Alex Brooks.

Cuando Jan abrió la puerta de un empujón, advertimos con estupor que estaba vacío.

—¿Dónde se habrán metido? —susurré.

Jan se mordió los labios.

—¡El compartimento de motores! —exclamó, clarividente.

Avanzamos despacio. A mí me dolía el muslo izquierdo, pues apenas me apoyaba en las muletas para caminar con mayor soltura, pero mi muslo era lo de menos en aquellos momentos.

Luego, paso a paso, descendimos la escalera metálica. No vimos nada, al principio, pero cuando avanzamos por los estrechos pasillos que dejaban libres los dos enormes motores diésel, vislumbramos una luz vacilante, próxima.

Indiqué con un gesto a Peters y a otros dos hombres, que ocuparon posiciones preeminentes dentro del compartimento y nosotros seguimos avanzando.

Estaban allí, agachados, disponiendo unos hilos eléctricos sobre una caja que contenía una masa pastosa.

—Goma dos —susurró uno de los marineros a mi lado.

Jan se detuvo y les miró. Y bruscamente, gritó:

—¡¡Brooks, Robinson!!

Se volvieron con tal rapidez, que Brooks resbaló sobre el piso grasiento y cayó. Robinson nos enfocó con la linterna, lívido.

Pero alguien dio a las lámparas y el recinto se inundó de luz.

—¡¡No se acerquen!! —chilló Robinson—. ¡Si mueven un solo dedo, volaremos todos! Esa caja contiene diez kilos de explosivo plástico. Suficiente para pulverizar diez barcos como éste.

Pero Jan avanzó unos pasos y Robinson le contempló, espantado e inmóvil.

—De todas formas, voy a mataros, Brooks, Robinson.

Me arrastré en pos de Kernig.

—No creo que éstos sean sus nombres —dije—. Más bien creo que se trata del capitán Runson, del South— sea Dragoon y de Allan Blank, su contra maestre.

Runson se volvió de un brinco hacia mí.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó, estupefacto.

De improviso, lanzó contra mí la llave inglesa que tenía entre las manos. El contundente útil me alcanzó en el estómago. El golpe fue tan fuerte que me hizo perder el equilibrio.

Pero Jan saltó sobre Robinson y le atenazó por el cuello con su enorme manaza izquierda, al tiempo que estampaba el rostro de Brooks contra el suelo con la derecha.

Y luego comenzó a golpearles tan salvajemente que comprendí que los mataría en pocos minutos si no le deteníamos.

—¡Agárrenle! —grité—. ¡Detente, Jan!

Ocho hombres fueron necesarios para separarle de aquellos dos individuos y arrastrarle fuera del compartimento de motores.

Runson y Blank, con los rostros sangrantes, irreconocibles, fueron esposados y encerrados en un compartimento de seguridad.

Abee tuvo que inyectar una enorme dosis de sedantes a Jan para evitar que mi amigo cometiera una locura. Al fin, las drogas hicieron efecto y Jan durmió durante muchas horas.

Cuando volvió en sí, los hombres de la Marina se habían llevado ya a Bane Runson y a Allan Blank.

EPILOGO

A pesar de todo, quise estar presente a la mañana siguiente en el Southsea Dragoon, cuando las autoridades de la Armada llevaron a cabo la inspección.

Las bombas habían achicado el agua casi por completo y nuestros hombres procedieron a estibar la carga correctamente. A la vista de ello fue fácil establecer que aquel barco había naufragado porque alguien había soltado la carga, con lo cual el eje del buque se desequilibró y la nave se escoró hasta zozobrar. Es decir, se trataba sin duda de una maniobra criminal. Alguien había querido echar a pique al Southsea Dragoon y lo había conseguido.

Pero lo que más picaba nuestra curiosidad era el misterio que suponían aquellos dos compartimentos de las puertas soldadas. Dos de nuestros hombres cortaron las soldaduras y dejaron la entrada libre.

Inmediatamente, un hedor nauseabundo se expandió por el barco. Olor a muerto.

Se descubrieron setenta y dos cadáveres a medio corromper en aquellos dos compartimentos. Setenta personas que habían sido condenadas a una muerte horrible, encerrados vivos en aquellos recintos sellados.

Ante las abrumadoras pruebas en su contra, el capitán y el contraestre del Southsea Dragoon se vieron obligados a confesar.

Dijeron que en la travesía a Sidney se habían cruzado con una embarcación vietnamita. La nave tenía una avería en los motores y navegaba a la deriva. El capitán Runson no estaba dispuesto a recoger a los exiliados vietnamitas, pero cambió de parecer en cuanto supo que aquellos infelices podían pagarse su pasaje.

De todas formas, Runson sabía que tendría grandes dificultades en cuanto llegase a puerto. Las autoridades pondrían el Southsea Dragoon en cuarentena, era de esperar. Pero lo que le obligó a maquinarse su plan criminal fue la confidencia de Allan Blank, su contraestre:

—Esa gente... Tienen aspecto de pobretones, pero se trata de personas acomodadas. He registrado a uno de ellos mientras dormía... ¡sus bolsillos están llenos de joyas y divisas! ¿Se imagina la fortuna que esos individuos ocultan entre sus miserables enseres?

Runson encontró la solución a sus problemas: enviar al fondo del

mar a los setenta y dos vietnamitas, después de despojarlos de cualquier cosa de valor. Blank fue el encargado de arrojar una gran dosis de narcótico en el rancho de aquellos desgraciados.

Cuando fueron cayendo uno por uno, Runson y Blank los despojaron de las joyas y objetos de valor y los confinaron en dos compartimentos estancos, cuyas puertas fueron soldadas para mayor seguridad. Después... soltaron la estiba de la carga. La mar gruesa y tempestuosa, hizo el resto: al amanecer, el barco se escoró a babor, a punto de naufragar. Fueron botadas las lanchas y la tripulación —ajena al criminal atentado— abandonó el Southsea Dragoon, que una hora después se hundía en las profundidades del mar del Coral.

Runson y Blank confesaron también haber colocado un artefacto explosivo en el automóvil que alquilamos en Sidney, atentado que costó la vida a Tab Jeffries. Se acusaron igualmente del asesinato de Nami Napritri, aunque no fueran los autores materiales del mismo. Y admitieron que habían cebado a los tiburones el día en que un escualo me atacó bajo el agua. También manipularon en el cabrestante que sujetaba la jaula, en la que Peters, Bob y Jan estuvieron a punto de ser sepultados en el fondo del mar. Y...

El Southsea Dragoon fue remolcado hasta el puerto de Pinchee, donde las autoridades navales se hicieron cargo de su macabro cargamento.

Glen Thompson llegó a Pinchee en cuanto conoció la noticia. Cuando los cadáveres fueron sacados del barco, revisamos la carga y comprobamos que estaba intacta, tanto la maquinaria, como las 400.000 botellas de whisky escocés. Por otra parte, no costaría mucho dinero poner a punto de navegar el Southsea Dragoon, que se llamó, a partir de entonces Spirit of Neptune.

La tasación oficial de la carga y el buque alcanzó la cifra de un millón doscientas ochenta mil libras, de las cuales nos correspondieron seiscientos cuarenta mil. Al fin y al cabo, la empresa había valido la pena.

Jan se marchó a Sidney en un hidroplano de la Armada.

—Quiero visitar a los padres de Nami y hablar con ellos largamente. Volveré en cuanto pueda —dijo.

Volvió, en efecto, una semana después. Traía con él a una bella jovencita australiana, con la que se había casado. Se llamaba Hatrayi Napripri, y era, por supuesto, hermana de Nami.

—Aquella buena gente me vio tan desconsolado por la pérdida de Nami, que se empeñaron en compensarme con otra esposa. Y yo no fui capaz de negarme —explicó.

Bob Grisby voló a Londres y pasó dos semanas en compañía de su inefable Nelly O'Connor. Cuando volvió a Pinchee confesó que se había

gastado... ¡cien mil libras! en obsequiar a su amiguita.

En cuanto a mí... he decidido descansar por una temporada en compañía de mi maravillosa doctora Wellman.

Pero Jan es un hombre inquieto y ya está haciendo planes para trasladarnos a San Francisco e iniciar el proyecto de rescate de un barco de diez mil toneladas, hundido a doscientos cincuenta metros de profundidad y... cargado con productos de perfumería procedentes de Hong-Kong.

Abee se ha puesto triste al oír nuestro proyecto. Sin embargo, ella sabe que ninguno de los tres socios renunciará a seguir arrancando sus tesoros al mar. Tal vez cuando pasen unos años nos sintamos tan cansados que abandonemos este tipo de vida. O quizá llegaremos a tener tanto dinero que nos convertiremos en tipos insoportables.

Entretanto...

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA



el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

¡No se pierda AHORA la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**

NOTAS

1 Singerman significa en inglés cantor, cantante.

2 Muerte Segura, en inglés.

3 Buena Suerte, en inglés.

4 Hideki Tojo, general japonés, primer ministro, que dirigió los ejércitos imperiales japoneses y murió ahorcado en 1948.

5 Castigo al que se sometía a los rebeldes y sediciosos en alta mar. Consistía en hacerles pasar bajo la quilla del barco, atados a un resistente cabo que iba desde la proa hasta la popa. Se tiraba del cabo lentamente, obligando al reo a permanecer bajo el agua varios minutos. En el trayecto solían morir ahogados la mayoría de los individuos sometidos a este tormento.

6 Esta ingeniosa técnica consiste en introducir dentro de los compartimentos de los barcos hundidos una cantidad de depósitos de goma que son inflados y cerrados. Finalmente, el buque se desplaza del fondo y empieza a emerger lentamente.

7 Amigo mío, en alemán.

8 Este procedimiento fue ingeniado por los químicos de la U. S. Navy. Cuando la dotación de un avión de guerra era abatido, sobre el mar, los escualos suponían un peligro de muerte para los paracaidistas. En su equipo se incluía una bolsita de un producto químico que se disolvía en el agua, coloreándola en gran extensión y alejando a los tiburones.